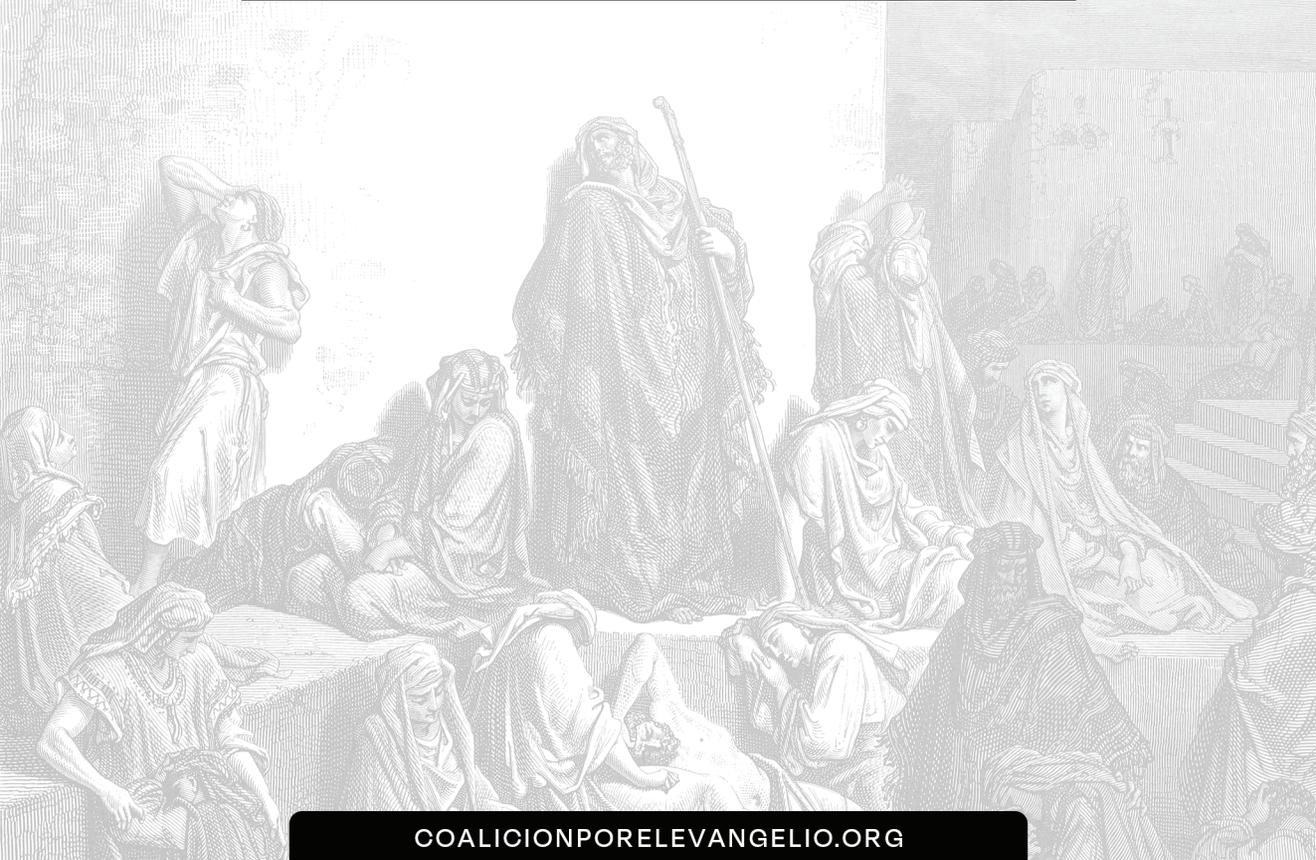




REVISTA COALICIÓN

"SEÑOR, CONSIDERA MI LAMENTO"

NÚMERO 002 – AGOSTO 2021



CONTENIDO

EDITORIAL	Carta del Director Editorial	4
BIBLIA Y TEOLOGÍA	Lamentaciones: Un poema bañado de teología y cosmovisión bíblica Jose “Pepe” Mendoza	6
	El lamento: Un lenguaje para el sufrimiento Justin Burkholder	14
	El lamento como disciplina espiritual en tiempos de COVID-19 Sam Masters	18
MINISTERIO	La queja y el lamento no son sinónimos Fabio Rossi	24
	Por qué nos lamentamos cuando no nos lamentamos John Starke	30
CULTURA Y ARTE	Santiago Benavides: Una conversación sobre el artista cristiano y el lamento Josué Barrios	34
	Expresando el lamento a través del arte Ilustración de Hugo Pineda	42
FE Y TRABAJO	Anhelando vidas tranquilas: El lamento por el trabajo y la propuesta cristiana Jairo Namnún	44
VIDA CRISTIANA	Las iglesias fuertes hablan el lenguaje del lamento Mark Vroegop	48
	El lamento bíblico es mejor que los trofeos gratuitos Wendy Bello	54
	El lamento también es para los pequeños Christina Fox	58

CONTENIDO

ACTUALIDAD	Miqueas y la realidad latinoamericana: Cómo lamentarnos ante el Señor Matías Peletay	62
RESEÑAS	Sufrir nunca es en vano Valia Lima	66
CRÉDITOS		69

Carta del Director Editorial

El Equipo Coalición se complace en presentarte el segundo número de [nuestra revista](#) y damos gracias a Dios por la enorme acogida que tuvo el primer número de [abril 2021](#). Es importante recordarte que esta revista cuatrimestral tiene la peculiaridad de establecer un tema particular para desarrollarlo con base en nuestras seis secciones generales: Vida cristiana, Biblia y teología, Ministerio, Actualidad, Cultura y arte, y Fe y trabajo. Además, ofrecemos una selección de los mejores artículos de nuestra biblioteca virtual sobre ese tema.



Jose "Pepe" Mendoza
Director Editorial

En esta oportunidad, nos abocaremos a desarrollar un tema que creemos que nos toca a todos por las circunstancias dramáticas que se están viviendo alrededor del mundo. Podríamos decir que esta es una época en donde el "lamento" expresado de diferentes maneras y por múltiples razones se ha esparcido por toda la humanidad sin distinción.

Este sentimiento de dolor y aflicción ante las circunstancias de la realidad humana no es ajeno a nuestra vida espiritual. En las Escrituras, tiene múltiples manifestaciones que no solo manifiestan cierta "victimización" (un término tan popular hoy en día), sino también un reconocimiento delante del Señor de que ese lamento es producto del pecado, pero tampoco es ajeno a la soberanía de Dios.

El lamento tampoco se presenta en la Escritura como una balada popular dolorosa que solo le canta al amor no correspondido que no tiene solución. En cambio, se presenta en la Biblia como una oportunidad para el arrepentimiento, la manifestación de la misericordia del Señor y la recuperación del gozo y la esperanza. En ese sentido, podríamos considerar al lamento bíblico como una disciplina espiritual que, practicada con sinceridad y humildad, nos sería útil no solo para dolernos por nuestra situación, sino también para condolernos con el dolor de los demás, buscando al Señor y gozándonos en su misericordia y verdad.

Te invitamos entonces a aprender sobre el lamento bíblico desde diferentes perspectivas y que puedas reflexionar en tus propios lamentos personales como una oportunidad para profundizar tu relación con Dios, diciendo como David:

"Escucha mis palabras, oh SEÑOR;
Considera mi lamento.
Atiende a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío,
Porque es a Ti a quien oro" (Salmo 5:1-2).



¿CONOCES NUESTROS PODCASTS?



Sermón para
tu Semana



De la Biblia
a la Vida



Coalición
Podcast



Coalición Lee



Piensa Podcast



Textos fuera de
Contexto



¡ENCUÉNTRALOS EN TU
PLATAFORMA FAVORITA!

coalicionporelevangelio.org/podcasts

Lamentaciones: **UN POEMA BAÑADO DE TEOLOGÍA Y COSMOVISIÓN BÍBLICA**

POR JOSE "PEPE" MENDOZA

Casi seis siglos antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo, el reino de Judá se deshizo en pedazos. Fue un proceso largo y doloroso que empezó en los tiempos del rey Joacim, quien fue hecho vasallo de Babilonia. Luego su hijo, Joaquín, fue capturado por Nabucodonosor y llevado a Babilonia, junto con parte de la población y los tesoros del templo. En su lugar fue puesto Sedequías, tío de Joaquín, quien decidió rebelarse contra Babilonia.

Como consecuencia, Nabucodonosor desató toda su fuerza y tuvo bajo asedio a Jerusalén por dieciocho largos meses. Eso significó que la población estaba encerrada detrás de los muros de la ciudad con alimentos y agua que se fueron acabando rápidamente. Esta escasez produjo una crisis social inmensa y mortal. Finalmente, un largo proceso de casi un cuarto de siglo llegó a su fin cuando una gran parte de la población muy diezmada por el hambre y la enfermedad fue aniquilada, y otra parte fue llevada al cautiverio. Jerusalén fue tomada, demolida e incendiada y el templo del Señor destruido.

Ese es el panorama desolador delante de los ojos del escritor de Lamentaciones. Todo el libro fue escrito cuando no había una sola luz de esperanza. Todo estaba en ruinas, acabado, sus vidas destruidas y todas sus seguridades perdidas. Ese es el dolor que Jeremías, el posible autor de estos lamentos anónimos, experimentó de primera mano, producto de las circunstancias horribles que vivió junto con todo el pueblo durante ese período cataclísmico y la consecuente condición de miseria extrema, opresión, dispersión y desesperanza en que quedó finalmente el pueblo judío.

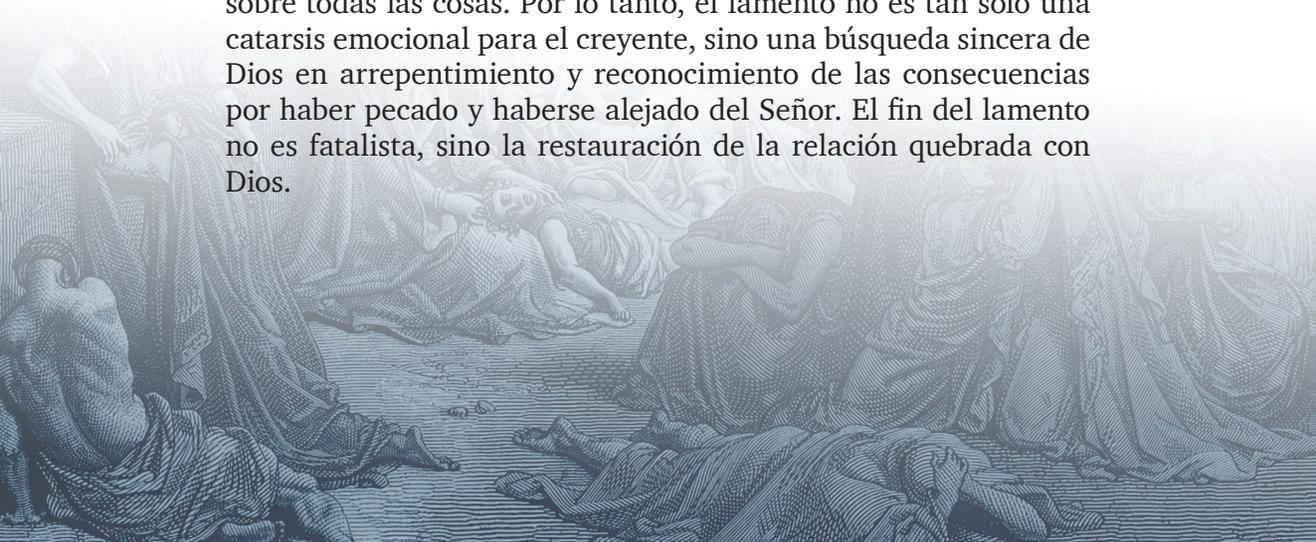
Antes de entrar a los detalles propios de Lamentaciones, es bueno que entiendas un poco su configuración y estructura formal. Este libro está compuesto por cinco poemas conocidos como “lamentos”. Estos poemas describen situaciones dolorosas que son presentadas delante de Dios. En términos generales, se considera a Lamentaciones como un canto fúnebre que comparte este género con otros salmos de lamento (p. ej., Sal 44, 60, 74, 79, 80, 83, 89). El autor no está inventando un género literario, sino que usa una estructura muy utilizada “en la antigüedad para el canto de endechas por los muertos o sobre calamidades nacionales. Su uso de paralelismo, repeticiones, apóstrofes, y sus juegos de palabras eran admirablemente adecuados para comunicar las insondables profundidades del sufrimiento y dolor que el alma humana es capaz de experimentar”.[1]

Este libro está escrito desde la perspectiva de un testigo ocular, pero no es un relato periodístico ni histórico per se. En cambio, es una descripción emotiva y poética de un evento histórico vivido tanto de forma personal como grupal.

Estas endechas (cánticos tristes) fueron escritas para ser cantadas por la congregación, que expresa así su pena ante la devastación nacional.

“El lamento bíblico tiene como propósito darle sentido al sufrimiento desde la perspectiva de Dios”.

El lamento bíblico tiene como propósito darle sentido al sufrimiento desde la perspectiva de Dios. El pueblo es llamado a expresar con libertad sus sentimientos sin maquillarlos u ocultarlos, pero también a ubicar al Señor dentro de esa realidad como soberano sobre todas las cosas. Por lo tanto, el lamento no es tan solo una catarsis emocional para el creyente, sino una búsqueda sincera de Dios en arrepentimiento y reconocimiento de las consecuencias por haber pecado y haberse alejado del Señor. El fin del lamento no es fatalista, sino la restauración de la relación quebrada con Dios.



No es que Jeremías simplemente espetó su dolor de manera espontánea y sin control. Por el contrario, el autor presenta el lamento de una manera poética muy bien estructurada. Es interesante notar que los capítulos 1, 2, 4 y 5 tienen 22 versículos. El capítulo 3 tiene 22×3 versículos. Los capítulos 1, 2 y 4 son acrósticos que empiezan cada versículo con una letra del alfabeto hebreo; el capítulo 3 inicia con una letra del alfabeto hebreo cada tres versículos. El capítulo 5 tiene la misma medida, pero no es un acróstico. Esta configuración poética y métrica tan precisa nos habla de un proceso de reflexión de las circunstancias por parte del autor, en el que no permite que las emociones simplemente se manifiesten sin control.

“Al observar esta restricción formal se demuestra que las lamentaciones no son simplemente un torrente de dolor, sino una respuesta altamente reflexiva y considerada al trauma: en términos literarios, la naturaleza ordenada de la poesía contrasta con el caos que presenta... estos lamentos no deben considerarse simplemente como un desahogo emocional, sino como un intento deliberado para explorar la posibilidad de que la relación entre Dios y el pueblo puede ser restaurada”. [2]

“Los lamentos bíblicos buscan darle sentido espiritual y teológico a todas las circunstancias dramáticas que estemos experimentando”.

Ahora puedo pasar al fondo del lamento poético en Lamentaciones. Este canto poético rebosa de una profunda teología y cosmovisión bíblica de la que nos toca aprender. En tiempos en que las emociones y sus manifestaciones son consideradas intocables,

debemos aprender de estos lamentos para reconocer que, aun en nuestro dolor, podemos dirigir nuestras emociones para entender nuestras circunstancias, glorificar al Señor y encontrarlo a Él como soberano. Podemos hacer esto incluso en medio de nuestras tristezas porque solo Él es la única fuente de consuelo y restauración.

Como hemos dicho, los lamentos buscan darle sentido espiritual y teológico a todas las circunstancias dramáticas que estemos experimentando. Jeremías lo declara desde el mismo inicio de Lamentaciones: “¡Cómo yace solitaria La ciudad de tanta gente!” (1:1a). Esta primera descripción inimaginable de la

amada Jerusalén, ahora en ruinas, va acompañada de palabras que describen amargura, ausencia de consuelo, llanto amargo, abandono, traición y luto.

Jeremías describe de muchas maneras el tremendo dolor vívido que él mismo y todo el pueblo, sin excepción, están experimentando. Es notable cómo se refiere de manera especial a los niños que sufren la devastación del asedio, la caída de Jerusalén y sus consecuencias posteriores: los niños son llevados al cautiverio (1:4); desfallecen de hambre en las calles mientras piden comida a sus madres (2:11-12); Jeremías observa con horror cómo madres cuecen a sus propios hijos para alimentarse (4:10). Cada una de sus frases punzantes solo demuestran el inmenso dolor, la angustia y devaluación de toda la población, empezando por los más vulnerables:

“La lengua del niño de
pecho se le pega
Al paladar por la sed;
Los pequeños piden pan,
Pero no hay quien se lo reparta.
Los que comían manjares
Andan desolados por las calles;
Los que se criaron entre púrpura
Abrazan cenizales” (4:4-5).

El autor mismo experimenta en carne propia esa misma angustia y no duda en decir: “mi alma ha sido privada de la paz, He olvidado la felicidad. Digo, pues, ‘Se me acabaron las fuerzas, Y mi esperanza que venía del Señor’” (4:17-18). Sin embargo, aparece el gran legado del lamento bíblico que no termina solo con “lamentarse” por la situación humana, sino que levanta la mirada y es capaz de ver que hay un Dios soberano detrás de todo, y que lo lleva a decir: “... porque el Señor la ha afligido [el femenino siempre está refiriéndose a Jerusalén] Por la multitud de sus transgresiones” (1:5b).

Jeremías no quiere quedarse solo con una visión de la realidad de devastación desde su óptica y queja meramente humana. Él busca involucrar al Señor y le pide en varias oportunidades a lo largo del libro, “Mira, oh Señor...”: “mi aflicción” (1:9b); “observa que me están despreciando” (1:11b); “que estoy angustiada” (1:20); “y observa: ¿a quién has tratado así?” (2:20); “ve nuestro

oprobio” (5:1). Este clamor a que el Señor “mire” es claramente una invocación para que considere la situación pero, por sobre todo, para que el Señor pueda hacerse presente y le dé sentido a todo lo ocurrido.

La mayoría de las veces no busco darle sentido a mi dificultad o aflicción a través del Señor. Sí deseo que Él intervenga y cambie la situación, pero no me esfuerzo por descubrir la providencia de Dios, su voluntad soberana en todo lo que me está pasando y me aflige. Es más fácil creer que el Señor se descuidó o no estuvo presente, que pensar que el Señor mismo pudo haber propiciado mi angustia. Pero eso mismo es lo que declara Jeremías ininidad de veces a lo largo del libro. No nos equivoquemos al pensar que es Babilonia la protagonista cuando en realidad el protagonista es Dios, quien “Ha devorado a Israel, Ha devorado todos sus palacios,

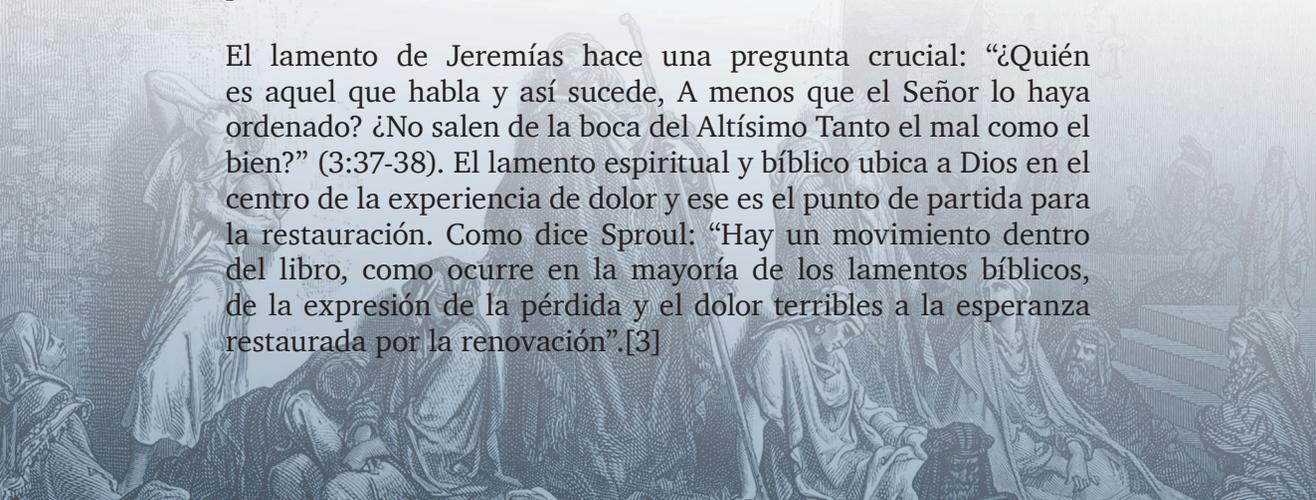
Ha destruido sus fortalezas Y ha multiplicado en la hija de Judá El *lamento* y el duelo” (2:5, énfasis personal).

“El lamento espiritual y bíblico ubica a Dios en el centro de la experiencia de dolor y ese es el punto de partida para la restauración”.

Jeremías entiende que la fuente de su lamento es iel Señor! Esto puede sonar completamente ininteligible

en un tiempo en que reducimos a Dios solo a buenos deseos y declaraciones de poder y prosperidad. Sin embargo, no fue eso lo que dijo Job: “El Señor dio y el Señor quitó; Bendito sea el nombre del Señor” (Job 1:20c). Es lo que aun le reiteró a su esposa cuando ella lamentaba su situación sin Dios: “¿Aceptaremos el bien de Dios pero no aceptaremos el mal?” (Job 2:10b). Job se lamenta, pero no en las circunstancias, sino en un Dios que “hace lo que le place” (Sal 115:3).

El lamento de Jeremías hace una pregunta crucial: “¿Quién es aquel que habla y así sucede, A menos que el Señor lo haya ordenado? ¿No salen de la boca del Altísimo Tanto el mal como el bien?” (3:37-38). El lamento espiritual y bíblico ubica a Dios en el centro de la experiencia de dolor y ese es el punto de partida para la restauración. Como dice Sproul: “Hay un movimiento dentro del libro, como ocurre en la mayoría de los lamentos bíblicos, de la expresión de la pérdida y el dolor terribles a la esperanza restaurada por la renovación”.[3]



El poeta bíblico reconoce que Judá ha pecado; los sacerdotes, los profetas y los príncipes también pecaron y desviaron con sus consejos y visiones falsas al pueblo. Los enemigos de Judá han arrasado con todo y se han convertido en sus amos. ¿Qué queda ahora? La cosmovisión bíblica de Jeremías no lo deja lamentándose en solitario. Dado que el Señor está en su trono, y aun estos eventos dramáticos no escapan de su mano poderosa, él toma una decisión y ubica las cosas en perspectiva divina:

“Esto traigo a mi corazón,
Por esto tengo esperanza:
Que las misericordias del
Señor jamás terminan,
Pues nunca fallan Sus bondades;
Son nuevas cada mañana;
¡Grande es Tu fidelidad!” (3:21-23).

Jeremías no declara victorias o bienestar en medio de la destrucción. Lo que el profeta declara en medio de su lamento son las misericordias permanentes del Señor y que todo lo que realmente tiene y necesita es Dios: “El SEÑOR es mi porción’, dice mi alma, ‘Por tanto en Él espero” (3:24).

Cada vez que me encuentro en una situación difícil suelo preguntarme, ¿qué hay de bueno en todo esto? El lamento de Jeremías tiene la respuesta dividida en tres partes: (1) el Señor es bueno para los que lo esperan (3:25), y por eso tenemos la esperanza de que Él no nos defraudará cuando buscamos depender de Él bajo cualquier circunstancia; (2) es bueno esperar en silencio la salvación del Señor (3:26). Necesitas calmarte, aquietarte, dejar de vociferar. Si el Señor está en control de la situación, muestra con tu calma que confías en que vendrá a socorrerte; (3) es bueno saber que el Señor nos ha colocado en esa situación y que solo Él podrá liberarnos de ese yugo (3:27). Debido a que estamos en sus manos, reconoce que lo que estás atravesando no es por gusto y que “el Señor no rechaza para siempre... si aflige, también se compadecerá, Según Su gran misericordia” (3:32).

“Jeremías no declara victorias o bienestar en medio de la destrucción. Él declara las misericordias permanentes del Señor”.

Esta brisa de esperanza se va convirtiendo en un viento huracanado que se lleva el lamento y lo va transformando en un anhelo por restauración. Suelo decirle “el Señor está en control” a muchas personas que están pasando por alguna dificultad, como una frase de aliento y esperanza que cobra otra dimensión en Lamentaciones. El último poema es una oración que dice directamente: “Acuérdate, oh Señor, de lo que nos ha sucedido...” (5:1). Este recordatorio no se debe al olvido de Dios. Por el contrario, es nuevamente un llamado personal a no dejar de involucrar al Señor Todopoderoso en todo lo que Judá vivía porque ¡el Señor está en control!

El profeta no pierde de vista la desolación que estaban viviendo, ni tampoco minimiza su situación. Sus palabras siguen siendo desoladoras. El dolor no ha cesado. La pérdida y la carestía siguen, “pero”... esta palabra siempre contrapone una idea a otra y, en este caso, la situación lamentable no tiene punto de comparación con lo que viene a continuación: “Pero Tú, oh Señor, reinas para siempre, Tu trono permanece de generación en generación” (5:19). El gobierno soberano y providencial de Dios sobre el universo entero permite que Jeremías tenga la esperanza de que toda esa devastación no es el final de la historia. Él sabe que no tiene el poder para cambiar las cosas y por eso sus últimas palabras son:

“Restáuranos a Ti, oh Señor,
y seremos restaurados;
Renueva nuestros días
como antaño,
A no ser que nos hayas
desechado totalmente,
Y estés enojado en gran
Manera contra nosotros” (5:21-22).

¿Puedes notar cómo la fe de Jeremías depende por completo de la soberanía de su Dios bueno? Él no declara ni da por sentado nada con sus palabras. Solo descansa en el Dios que es bueno y para siempre es su misericordia (Sal 100). Al pueblo le quedaban muchas lágrimas por llorar y mucho dolor por enfrentar que no será consolado a la brevedad. Este lamento espiritual hizo su trabajo al no alinear todo alrededor de la pérdida o el sufrimiento. Aun el lamento giró alrededor del Señor, el Creador y Redentor, el Santo y bueno que no ha dejado caer una sola de sus palabras ni tampoco había dejado de tener misericordia. Es como si Jeremías,

El lamento: Un lenguaje para el sufrimiento.

POR JUSTIN BURKHOLDER



¿Cómo debemos responder los cristianos cuando nos enfrentamos con las tragedias de este mundo? ¿Qué podemos decir cuando nos encontramos cara a cara con el abuso infantil, las enfermedades terminales, la muerte de los más vulnerables o el sufrimiento que resulta de desastres naturales?

En general, los cristianos solemos responder de dos maneras distintas, ambas llenas de clichés teológicos. Algunos lo hacen diciendo: “No hay razón para preocuparte ni entristecerte. Dios está en control, así que confía en Él”. Aunque esto es cierto, es poco alentador. Mientras tanto, otros afirman: “No tienes fe, y por eso Dios no te está bendiciendo”, amontonando culpa sobre el dolor de la persona y su situación.

Tristemente, nuestras respuestas superficiales al sufrimiento se deben en parte a que hemos perdido un lenguaje bíblico para hablar del sufrimiento: el lamento.

¿Qué es el lamento?

El lamento es un género literario utilizado en la Biblia, en particular en muchos de los Salmos, pero aún más reconocido en el libro de Lamentaciones. Mark Vroegop comenta que “el lamento es el llanto honesto de un corazón adolorido luchando con la paradoja del sufrimiento a la luz de la promesa de la bondad de Dios”.

El lamento no es solo llorar ante la maldad, ni tampoco es ignorar el dolor porque sabemos que Dios es bueno. En cambio, es responder honestamente a la paradoja de la bondad de Dios y el dolor. En ese sentido, Vroegop añade: “Llorar es humano, lamentar es cristiano”.

Solo en el libro de los Salmos encontramos más de 60 salmos de lamento. Esto significa que más del 30% del salterio de alabanza y adoración para el pueblo de Israel eran lamentos. Solo considera, ¿cuántos lamentos cantamos en nuestras iglesias hoy?

En la práctica, ¿por qué importa el lamento? Déjame compartir contigo cuatro razones:

1) El lamento es un lenguaje para el sufrimiento

La mayoría de nosotros no sabemos cómo responder ante nuestro propio sufrimiento y mucho menos ante el dolor de los demás. El lamento no busca solucionar la situación, ni busca necesariamente alentar a la persona para que pueda recuperar su sonrisa, sino que busca verbalizar el dolor interno de una manera coherente con la enseñanza de la Biblia.

Esto es importante para la iglesia porque, aunque hemos puesto nuestra fe en Cristo y entendemos nuestro futuro, seguimos sintiendo el aguijón de la muerte. Considera algunas de las palabras del salmista:

“Cansado estoy de mis gemidos;
Todas las noches inundo de llanto mi lecho,
Con mis lágrimas riego mi cama.
Se consumen de sufrir mis ojos;
Han envejecido a causa de todos mis adversarios” (Sal 6:6-7).

Seguro hemos sentido lo que David describe aquí, pero a menudo no nos atrevemos a orar a Dios de esta manera. El lamento nos da

las palabras para hacerlo. Sin el lamento en medio del sufrimiento, nuestras oraciones corren el riesgo de solo fingir y aparentar un gozo superficial.

2) El lamento nos identifica con los que sufren

En particular, esto es de enorme importancia cuando consideramos a quienes no profesan fe en el evangelio. A menudo, la gente ve a la iglesia como un grupo de personas sonrientes a los que jamás les sucede algo malo. Lastimosamente, nosotros hemos perpetuado esta idea.

“Sin el lamento en medio del sufrimiento, nuestras oraciones corren el riesgo de solo fingir y aparentar un gozo superficial”.

Aprender a lamentar significa no trivializar el dolor de algunos al hablar de la bondad de Dios, sino que podemos empatizar con ellos de manera sincera y, desde esa posición, señalar la esperanza del evangelio.

3) El lamento nos lleva al arrepentimiento

El lamento no solo es para llorar el sufrimiento externo, sino que también es un lenguaje de arrepentimiento. Lamentamos no solo la maldad que hay en el mundo, sino también la maldad que hay en nosotros. Es importante reconocer que ambas maldades no están desligadas por completo. Sabemos que la muerte y todos sus efectos ha entrado a la creación por el pecado. El lamento reconoce humildemente cómo la maldad en este mundo es facilitada y quizás aún magnificada por nuestro propio pecado.

Nota como David mira su sufrimiento y entiende que, de una forma u otra, este ha resultado también de su propio pecado:

“SEÑOR, no me reprendas en Tu ira,
Ni me castigues en Tu furor.
Ten piedad de mí, SEÑOR, porque estoy sin fuerza;
Sáname, SEÑOR, porque mis huesos se estremecen” (Sal 6:1-2).

4) El lamento culmina en adoración

Expresamos con plena convicción y sinceridad el dolor que sentimos. Sin embargo, el lamento no se queda allí. En todos los pasajes bíblicos de lamento vemos un giro hacia la adoración y una afirmación de la bondad y el amor de Dios en medio del sufrimiento.

Esta es la gran tensión de la vida. ¿En el mundo hay tribulación? ¡Claro! ¿Jesús ha vencido al mundo y toda su tribulación? ¡Claro! Esta es la paradoja que da a luz el lamento. Nace del vientre del dolor y la esperanza. Nota, por ejemplo, cómo termina el Salmo 5:

“Pero alégrense todos los que en Ti se refugian;
Para siempre canten con júbilo,
Porque Tú los proteges;
Regocíjense en Ti los que aman Tu nombre.
Porque Tú, oh SEÑOR, bendices al justo,
Como con un escudo lo rodeas de Tu favor” (vv. 11-12).

Todos experimentamos dolor en este mundo. Nadie está exento de sufrir. El mundo llora. Pero los cristianos tenemos un lenguaje dado por Dios que nos apunta a su bondad y misericordia en medio del sufrimiento. Por eso el cristiano no solo no llora sin solución, sino que lamenta con esperanza y en adoración a Dios.



EL LAMENTO COMO *disciplina espiritual* EN TIEMPOS DE COVID-19

POR SAM MASTERS

El lunes por la noche dormimos poco. Mi esposa tosía descontroladamente. Estuve a punto de llevarla al hospital, pero afuera hacía mucho frío y temía por su salud. La semana pasada nevó en nuestra ciudad por primera vez en catorce años y el frío continúa. Al final, la llevé a la guardia del hospital a primera hora del martes. A la entrada han levantado una carpa blanca para atender los casos de COVID-19. Entramos los dos, pero en seguida me sacaron a mí. No quería irme porque me di cuenta de que ella no quería soltarme la mano.

Esperé afuera caminando de un lado al otro por el frío, mientras seguían llegando más personas enfermas. Una madre con su hijo de unos cinco años en brazos. Una joven con su madre anciana. Una pareja, ella muy débil y sostenida por él. Aproveché el tiempo para orar por mi esposa. No me parecía que su caso era de COVID-19, ya que había sido vacunada, pero su salud me preocupaba. También oraba por los que iban entrando y por una mujer de nuestra congregación que está internada por COVID-19.

Hasta ahora, no hemos perdido a ningún miembro de nuestra iglesia en esta pandemia, pero no ha pasado lo mismo con algunas iglesias amigas. Esta segunda ola en Argentina ha sido muy dura, en parte porque pensábamos que ya había pasado lo peor, pero de nuevo la incertidumbre nos arrastra hacia el fondo. Económicamente nos estamos hundiendo y muchos sueñan con abandonar el país.

Mientras esperaba a mi esposa, también pensaba en el salmo 77 y este artículo sobre el lamento que debo entregar esta semana. Me di cuenta de que este salmo refleja nuestra situación. En este momento, con un pico histórico reciente de muertes por el coronavirus en el país, podemos decir con el salmista: “Este es

mi dolor: que la diestra del Altísimo ha cambiado” (Sal 77:10). Nuestra iglesia sufre y podemos preguntarnos: ¿Dónde está la mano rescatadora del Señor?

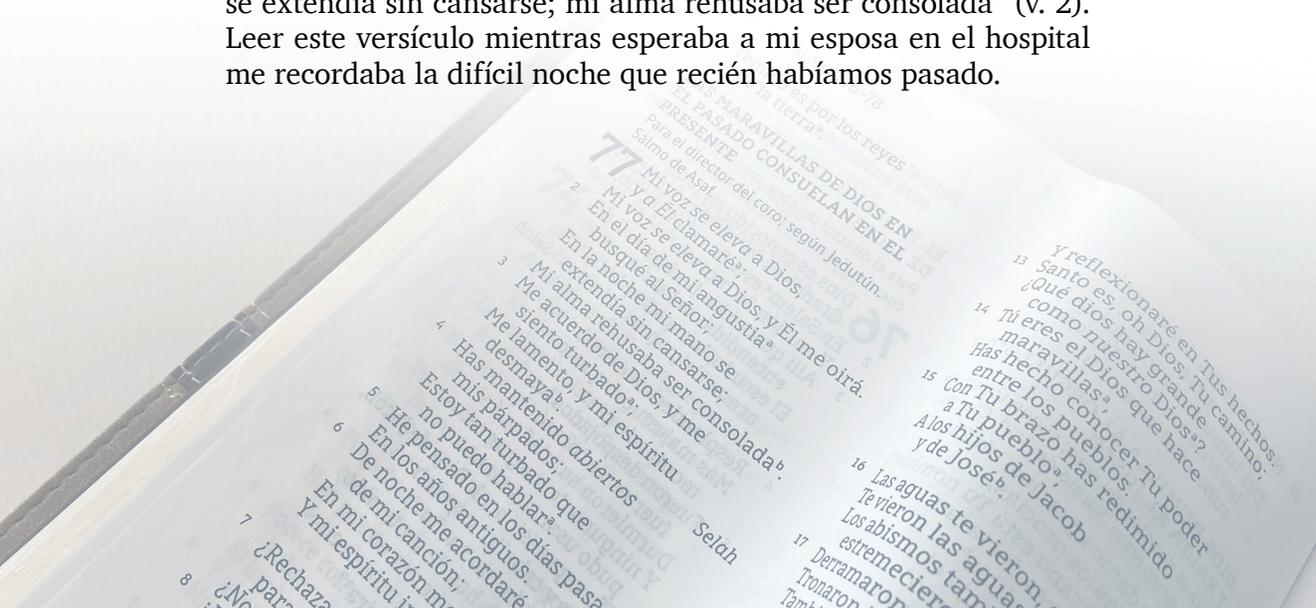
LA ESTRUCTURA DE UN SALMO DE LAMENTO

El género literario del salmo 77 elude la clasificación sencilla. Más de la mitad de los salmos son de lamento y no cabe duda de que este es uno de ellos. Sin embargo, la segunda parte presenta rasgos de himno de alabanza.

En general, los salmos de lamento siguen una estructura similar:

1. La invocación: el salmista se dirige a Dios.
2. La descripción: el salmista describe su sufrimiento o el motivo de su angustia.
3. La petición: el salmista pide salvación o restauración.
4. El argumento: el salmista explica por qué Dios habría de conceder su petición.
5. Expresión de confianza: el salmista detalla por qué cree que Dios responderá.
6. Adoración: el salmista alaba a Dios por la respuesta anticipada.

Todos estos elementos se encuentran en el salmo 77. En la primera estrofa, el salmista se dirige a Dios: “Mi voz se eleva a Dios, y a Él clamaré; mi voz se eleva a Dios, y Él me oirá” (v. 1). En seguida, sigue con el segundo elemento, una descripción de su sufrimiento: “En el día de mi angustia busqué al Señor; en la noche mi mano se extendía sin cansarse; mi alma rehusaba ser consolada” (v. 2). Leer este versículo mientras esperaba a mi esposa en el hospital me recordaba la difícil noche que recién habíamos pasado.



La primera mitad del salmo 77 (vv. 1-10) parece un típico lamento individual, pero en la segunda mitad encontramos evidencia de que el lamento individual del salmista debe entenderse en un contexto nacional. Los versículos 15 y 20 indican que él entiende su propia angustia personal en el contexto del sufrimiento de todo el pueblo de Dios. No sabemos cuál es el contexto histórico

“El salmo 77 ofrece una clase maestra de cómo navegar entre las rocas destructivas de la duda”.

exacto, pero percibimos un espíritu similar al de Habacuc: “¿Hasta cuándo, oh Señor, pediré ayuda, y no escucharás, clamaré a ti: ¡Violencia! y no salvarás?” (Hab 1:2).

Pensar en la petición de Habacuc nos ayuda a ubicar en el salmo 77 la tercera característica de un salmo de lamento: la petición puntual. Leemos: “De noche me acordaré de mi canción; en mi corazón meditaré; y mi espíritu inquiere” (v. 6). Como Habacuc, el salmista pide una respuesta a las preguntas generadas por su angustia y la de su pueblo:

“¿Rechazará el Señor para siempre,
y no mostrará más su favor?
¿Ha cesado para siempre su misericordia?
¿Ha terminado para siempre su promesa?
¿Ha olvidado Dios tener piedad,
o ha retirado con su ira su compasión?” (Salmo 77:7-10).

Al igual que Habacuc, el salmista pide entender los propósitos de Dios. Detrás de esta petición explícita se encuentra la petición implícita de que Dios favorezca nuevamente a su pueblo, que se acuerde de la misericordia, que cumpla sus promesas, que tenga de ellos piedad y compasión.

Así es como llegamos a una bisagra del salmo. En su profundo dolor, el salmista se atreve a pronunciar una frase horrenda y casi blasfema: “la diestra del Altísimo ha cambiado” (v. 10). Él se pregunta, “¿dónde está la mano salvadora del Señor?”. El silencio de Dios lo lleva a cuestionar todo: las columnas de su fe se sacuden, el mundo tiembla y su cosmovisión tambalea. El Dios que siempre fue fiel a su pacto parece haber desaparecido. Con razón se siente “turbado” (v. 3), su espíritu desmaya (v. 3) y se mantienen “abiertos los párpados” (v. 4).

LA DISCIPLINA ESPIRITUAL DE RECORDAR

Mientras está bajo el inminente peligro del naufragio de su fe, el salmista cambia de rumbo. Él ofrece una clase maestra de cómo navegar entre las rocas destructivas de la duda a partir del versículo 11. Nos muestra que la memoria puede funcionar como un radar que usa al pasado para ver el futuro. Nos enseña la disciplina espiritual de recordar.

En los versículos 11-15, el salmista presenta el tercer elemento típico de los salmos de lamento: el argumento sobre por qué es razonable que Dios conceda su petición. Con maravillosa ironía, su argumento representa a la vez la respuesta a su petición. Recordemos que su petición es entender si Dios se ha olvidado de su pueblo. Al apelar al carácter de Dios en busca de una respuesta, su pregunta se va contestando sola. Con tono decidido proclama: “Me acordaré de las obras del SEÑOR” (v. 11). Enseguida, otro espíritu invade al salmo.

“Dios ha sostenido
a su pueblo en
momentos de terrible
persecución y aun
en medio de plagas
peores que esta”.

El salmista recuerda las maravillas antiguas de Dios, medita en su obra, en todos sus hechos portentosos y llega a una conclusión que expresa en forma de pregunta: “Santo es, oh Dios, tu camino; ¿qué dios hay grande como nuestro Dios?” (v. 13). La respuesta es obvia. El resto del salmo se convierte en un himno de alabanza (v. 16-20).

Al principio, el salmista parece referirse al poder de Dios demostrado en la creación: las aguas temen, los abismos se estremecen, los nubarrones centellean saetas. Casi podemos sentir el viento en nuestra propia piel: “La voz de tu trueno estaba en el torbellino, los relámpagos iluminaron al mundo, la tierra se estremeció y tembló” (v. 18).

Pero el enfoque se agudiza y de repente vemos que esto no es cualquier tormenta, sino que el salmista nos ha transportado a un momento climático en la historia de Israel. Como visto desde un avión a gran altura, de repente se abren las turbulentas nubes y vemos un escenario histórico: “En el mar estaba tu camino, y tus sendas en las aguas inmensas” (v. 19). Nos damos cuenta

de que el salmista, al escribir, oye la música del cántico del mar de Moisés: “Canto al Señor porque ha triunfado gloriosamente; al caballo y a su jinete ha arrojado al mar. Mi fortaleza y mi canción es el SEÑOR, y ha sido para mí salvación” (Éx 15:1-2).

EL SEÑOR NOS GUÍA COMO REBAÑO

Al momento de escribir este artículo, han pasado dos días desde que llevé a mi señora al hospital. Llegaron los resultados del hisopado y, gracias a Dios, solo tiene bronquitis y está mejorando. Pero siguen llegando informes de gente enferma. La hermana que mencioné sigue en el hospital. Tenemos una familia completa que está con COVID-19. Hay cinco o seis situaciones parecidas en este momento. Los ancianos de nuestra iglesia han movilizad ayuda para los necesitados, pero cuesta llevar la ayuda espiritual necesaria porque no se puede ver en persona a los contagiados. En otras partes del mundo parece que la situación vuelve a la normalidad, pero no aquí.

Reina la incertidumbre, pero me afirmo en la disciplina espiritual que enseña el salmo 77. Recuerdo cómo Dios guió a su pueblo Israel. También recuerdo que Dios en su providencia nunca ha abandonado a su iglesia comprada por la sangre de Cristo. Ha sostenido a su pueblo en momentos de terrible persecución y aun en medio de plagas peores que esta. Y me consuelan las últimas palabras del salmo: “Como rebaño guiaste a tu pueblo por mano de Moisés y de Aarón” (v. 20).





EBOOKS COALICIÓN

LIBROS GRATUITOS PARA
LA IGLESIA HISPANA

RECURSOS COALICIÓN

adoración



h, Andrés Contreras, Josh Lee, Matt Merker,
Michelén, Philip Revell, Juan Sánchez,
auricio Velarde, Sergio Villanueva

Fabio Rossi

— editor general —

RECURSOS COALICIÓN

El noviazgo



Josué Barrios, Charbela El Hage de Salcedo, Garrett Kell,
Joselo Mercado, Jairo Nannún, Miguel Núñez,
Ramny Pérez, Juan Sánchez, Rachel Watson, Jared Wilson

Emanuel Elizondo

— editor general —

RECURSOS COALICIÓN

La oración



Ana Ávila, Joe Carter, Michel Galeano, Kevin
Liliana Llambés, Jeanine Martínez, Miguel M
Leo Meyer, Sagel Michelén, Gerson Mo

Emanuel Elizondo

— editor general —



¡DESCÁRGALOS HOY!

COALICIONPORELEVANGELIO.ORG/EBOOKS

LA QUEJA Y EL *lamento* NO SON SINÓNIMOS

POR FABIO ROSSI

Gladys Aylward escuchó la predicación de un joven pastor en Inglaterra que la confrontó con el evangelio, alrededor de 1925. El mensaje llegó tan profundo a su corazón que llegó a sentir una profunda carga por las misión de Dios y, en particular, por la obra misionera en China.

Gladys estaba convencida de que “alguien” tenía que ir a proclamar el evangelio de Cristo en aquella nación. Así que decidió ponerse en contacto con las personas influyentes que conocía para animarlos a considerar la posibilidad de ir a China como misioneros. Sin embargo, todos rechazaban su oferta.

Sin muchas opciones más, Gladys abordó a su hermano, Lawrence. Él, al igual que los demás, no sentía una carga particular por los perdidos. Pero Dios lo usó en la vida de su hermana de manera inesperada, cuando le dijo: “Si en verdad estás tan interesada, ¿por qué no vas tú misma a China?”.

Fue así como Gladys se dio cuenta de que ese “alguien” a quien tanto había buscado, era ella misma! Esta convicción la condujo a orar: “Dios, aquí está mi Biblia, mi dinero y aquí estoy yo. Por favor, úsame, Dios. Úsame, por favor”.[1]

Gladys sirvió como misionera en China durante 18 años. Ella fue usada grandemente por el Señor, pero quizás su hazaña más conocida está relacionada con un ataque armado al que sobrevivió durante la Segunda Guerra Chino-Japonesa (1937–1945). En esa oportunidad rescató a más de 100 niños huérfanos, a quienes condujo por varios días entre las montañas de China hasta llegar a una aldea donde encontraron refugio.

Gladys murió en Taiwán el 3 de enero de 1970, dejando un legado de fidelidad a Dios y servicio sacrificial a favor de los más vulnerables y necesitados.[2]

EL MOTIVO DE NUESTRO LAMENTO

Cuando leo la historia de Gladys, me pregunto qué cambió su corazón aquel día de 1925. La respuesta parece obvia: ella llegó a tener una profunda comprensión del evangelio bíblico.

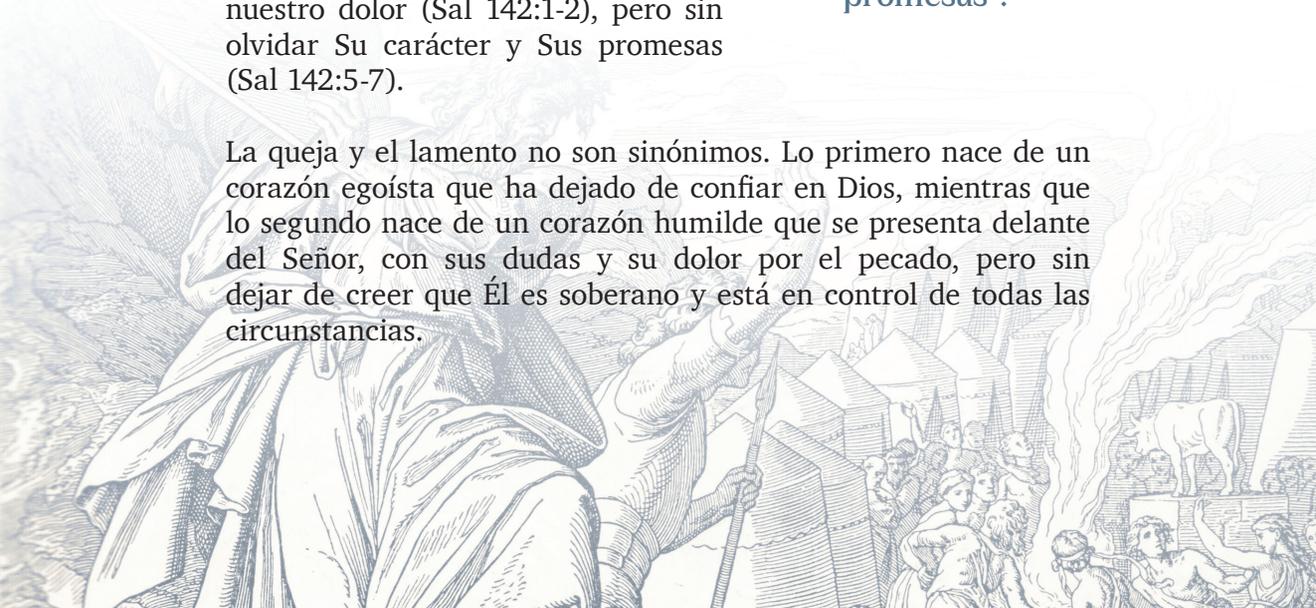
Ese evangelio no es individual y egoísta, como el que muchos predicán y creen hoy, donde lo único que importa es nuestro propio bienestar en esta tierra y un camino seguro al cielo. Por el contrario, Gladys entendió que el evangelio nos habla del plan de redención, no solo para uno mismo, sino también para el mundo entero que ha sido quebrantado por el pecado y que gime y sufre como con dolores de parto esperando su restauración (Ro 8:22).

A la luz de esta realidad, la pregunta no es si enfrentaremos aflicción, pues Jesús nos advirtió que el dolor y el quebranto nos acompañarán todos los días de nuestras vidas (Jn 16:33). Más bien, somos llamados a considerar cuál será nuestra respuesta en medio de la aflicción que nos rodea como humanidad.

Como el pueblo de Israel en el desierto, nosotros también podemos responder en queja y murmuración a pesar de la bondad, fidelidad y amor de Dios (Ex 15:24, 17:3; Nm 14:2, 26-30), poniendo en duda sus juicios justos y soberanía. Lo opuesto a esa actitud equivocada sería responder en lamento, derramando nuestro corazón ante el Señor y expresándole nuestro dolor (Sal 142:1-2), pero sin olvidar Su carácter y Sus promesas (Sal 142:5-7).

**“El lamento es
derramar nuestro
corazón ante el Señor
y expresarle nuestro
dolor, pero sin olvidar
Su carácter y Sus
promesas”.**

La queja y el lamento no son sinónimos. Lo primero nace de un corazón egoísta que ha dejado de confiar en Dios, mientras que lo segundo nace de un corazón humilde que se presenta delante del Señor, con sus dudas y su dolor por el pecado, pero sin dejar de creer que Él es soberano y está en control de todas las circunstancias.



LA EXPRESIÓN DE NUESTRO LAMENTO

En el libro de Ester encontramos un ejemplo de la expresión del lamento bíblico. La trama se desarrolla en Susa, capital del Imperio Persa, donde vivía una comunidad judía de exiliados que enfrentó la amenaza terrible de ser exterminados por una conspiración sanguinaria que promovió la promulgación de un decreto real injusto (Est 3:9-15).

La reina Vasti había sido destituida debido a una falta grave contra el rey Asuero (Est 1:10-12). Así que él se dio a la tarea de buscar una nueva reina mediante lo que parecía un concurso de belleza (Est 2:1-4). Es aquí donde Ester entra en escena, una joven doncella que participó en la competición y ganó! (Est 2:16-18). Ella era prima de Mardoqueo, un judío exiliado de Jerusalén, quien a su vez la había adoptado como hija luego de que los padres de ella fallecieran (Est 2:7). No olvides este dato, porque es muy importante.

Todo parecía ir bien, hasta que apareció Amán, el segundo al mando en el imperio. Por orden real, él debía ser reverenciado por todos los siervos (Est 3:1-2), pero Mardoqueo se rehusaba a hacerlo, probablemente porque esa reverencia incluía algún tipo de adoración pagana que un judío fiel no realizaría. Así que, sabiendo Amán que Mardoqueo era judío, maquinó un perverso plan de venganza para no solo asesinarlo a él, sino también a todos los judíos que vivían en el imperio! (Est 3:5-6). Esto produjo una tremenda conmoción y “cuando Mardoqueo supo todo lo que se había hecho, rasgó sus vestidos, se vistió de cilicio y ceniza, y salió por la ciudad, lamentándose con grande y amargo clamor” (Est 4:1).

El lamento en tiempos del Antiguo Testamento usualmente iba acompañado de dos expresiones: (1) las personas se vestían de cilicio, una tela áspera hecha con pelo de cabra o camello (1 Re 20:31-32; Sal 35:13; Jer 4:8), y (2) se sentaban sobre ceniza o la ponían sobre sus cabezas, como representación de ruina y desastre (2 S 13:19; Job 2:8; Is 58:5).

Ambos actos servían como una expresión externa de una condición interna. No solo Mardoqueo expresó su lamento, sino que también todo el pueblo judío que se enteró del edicto del rey (Est 4:3).

LA NECESIDAD DE NUESTRO LAMENTO

Cuando levantamos la mirada y observamos el panorama mundial, lleno de enfermedad, muerte, guerras, corrupción e injusticias, ¿cómo reaccionamos? Algunos de nosotros, así como el pueblo de Israel en el desierto, hemos explotado en quejas y murmuración contra nuestros pastores, líderes políticos o sistemas gubernamentales, e incluso ¡contra Dios mismo!

Los corazones humanos son rápidos para la queja y la murmuración que solo hace que la situación se vea peor y sin solución alguna. Pero el Señor nos llama a lamentarnos, es decir, sentir dolor y demostrarlo delante de Él, por lo que se está viviendo, con la motivación y la expresión correcta.

Cuando seguimos leyendo el relato bíblico, encontramos que ni siquiera la misma reina Ester estaba a salvo (Est 4:13). Ella enfrentaba un dilema: si entraba a la presencia del rey para interceder por su pueblo sin haber sido llamada, corría peligro de muerte. Pero si permanecía en silencio, también enfrentaría la muerte por el edicto real.

¿Recuerdas el relato de Gladys Aylward? Ella, así como Ester, en lugar de buscar la manera de salvar su propia vida y tratar de seguir adelante, se unió al lamento del pueblo de manera humilde y sacrificial. Por un lado, Gladys entregó su vida a la misión en China y, por otro lado, Ester dijo: “Iré al rey, lo cual no es conforme a la ley; y *si perezco, perezco*” (Est 4:16, cursivas añadidas). Ester no se quejó ni permaneció pasiva ante las circunstancias. Ella lamentó la situación delante de Dios y se ofreció a que el Señor obre a través de ella. Esa es la gran diferencia entre la queja humana y el lamento espiritual.

**“Los corazones humanos
son rápidos para la queja
y la murmuración. Pero
el Señor nos llama a
lamentarnos”.**

El desenlace de la historia de Ester es fascinante. Ella entra a la presencia del rey y es recibida con gracia. Mardoqueo es honrado por Asuero y el plan del malvado Amán es puesto en evidencia, lo que lo conduce a la muerte. El rey promulgó un nuevo edicto que permitió a los judíos defenderse de cualquier atacante (Est 9:1). Desde aquellos días se estableció una festividad judía que celebraba este rescate divino y misericordioso de su pueblo, llamada Purim, “un mes que se convirtió de tristeza en alegría y de duelo en día festivo” (Est 9:22).

Nuestras familias, iglesias, comunidades y países pueden estar atravesando situaciones complejas que nos causan dolor e indignación. Pero, ¿cuál será tu respuesta? No ignores el dolor a tu alrededor. Examina tu corazón para no responder en egoísmo y queja. Al contrario, derramemos nuestro lamento delante de Dios, pero también actuemos con humildad, valentía y confianza, sabiendo que la respuesta de Dios no vendrá por la magnitud de nuestro llanto o lo impresionante de nuestra huelga, sino por la actitud de un corazón que se lamenta por el pecado, mientras descansa en los brazos del único que puede salvarnos. Y así, al igual que Gladys, también podemos orar: “Dios, por favor, úsame en medio de estas circunstancias tan dolorosas”.

[1] Carol Purves, *Chinese Whispers*, (Day One Publications, 2005), 15.

[2] Para conocer más sobre la vida de Gladys Aylward, puedes ver esta [cibergrafía](#) preparada por BITE, o leer este [artículo](#) publicado por Aviva Nuestros Corazones.





CURSOS

RECURSOS GRATUITOS EN LÍNEA
SOBRE VIDA & TEOLOGÍA

coalicionporelevangelio.org/cursos



Por qué nos lamentamos cuando no nos lamentamos

POR JOHN STARKE

Nuestra iglesia cantó hace unos meses una canción de lamento por dos semanas consecutivas. Tales canciones no son extrañas dentro del repertorio de nuestra iglesia, pero como las cantamos de manera consecutiva, algunas personas las destacaron. Alguien me preguntó durante una conversación: “¿Pero qué pasa si no estoy triste? ¿Por qué habría de lamentarme si no estoy triste por algo en específico?”.

La pregunta, por lo que pude ver, provino de dos fuentes. Primero, vino de un malentendido de por qué los cristianos cantarían una canción de lamento cuando no parecía haber alguna ocasión en particular digna de lamentarse. ¿No se supone que los cristianos deben estar gozosos?

En segundo lugar, este hombre provenía de una iglesia que nunca cantaba canciones de lamento. Sus servicios estaban destinados a animar a los miembros para enfrentar la semana. Una canción de lamento parecería fuera de lugar, hasta inapropiada. Los domingos eran para sacarnos del fango, no para volver a meternos allí.

Este hombre no era el primero en rascarse la cabeza ante nuestras lamentaciones y probablemente no será el último, porque su experiencia en la iglesia es compartida por muchos evangélicos en Occidente, si no la gran mayoría. Es muy posible que la mayoría de los lectores de este artículo no se lamentan con regularidad los domingos en sus congregaciones y se sorprenden al igual que este hombre si lo llegaran a experimentar.

Pero la Biblia nos da varias razones sólidas por las cuales el lamento debe ser parte de nuestra adoración cristiana regular, aun cuando no nos lamentemos de nuestras propias circunstancias. Sin ningún orden de importancia en particular, estas son cuatro de esas razones.

1. Cantamos canciones de lamento, aun cuando no nos estamos lamentando, para llorar con los que lloran

Aunque no estés llorando o te estés lamentando, es probable que alguien en la congregación esté pasando por algo profundamente triste: una esposa que acaba de descubrir que su esposo le ha sido infiel; una pareja que regresa del hospital después de un aborto espontáneo; una mujer soltera que ha perdido a su madre y ahora teme la soledad que se avecina sin su último pariente cercano. En un domingo cualquiera, muchas personas atraviesan por temporadas lamentables de sufrimiento, dolor y pérdida.

Pablo nos llama a llorar con los que lloran (Ro 12:15). Sin embargo, muchas veces estamos mal equipados para hacerlo. Nuestra cultura individualista nos ha enseñado a cuidarnos a nosotros mismos, no a los demás. Sabemos darnos un buen apretón de manos con nuestros amigos, pero no sabemos cómo llorar con ellos. Cantar canciones de lamento juntos como congregación no solo nos permite cumplir con ese mandamiento de llorar con los que lloran, sino que también nos enseña cómo hacerlo para cuando lo necesitemos en la sala de nuestra casa o en el lado opuesto de la mesa.

2. Cantamos canciones de lamento, aun cuando no nos estamos lamentando, para que cuando lleguen las épocas de duelo, sepamos qué canciones cantar y qué oraciones orar

Muchos no entendemos lo poco preparados que estamos para el sufrimiento y las pruebas hasta que llegan. Solo entonces sentimos cuán carentes estamos de recursos. Esto es especialmente cierto en el caso de los cristianos más jóvenes, ya sea porque no tenemos experiencia en el sufrimiento o porque estamos fuera de práctica.

Sin embargo, cuando los cristianos se reúnen los domingos para escuchar la Palabra de Dios enseñada, cantada y orada, tenemos

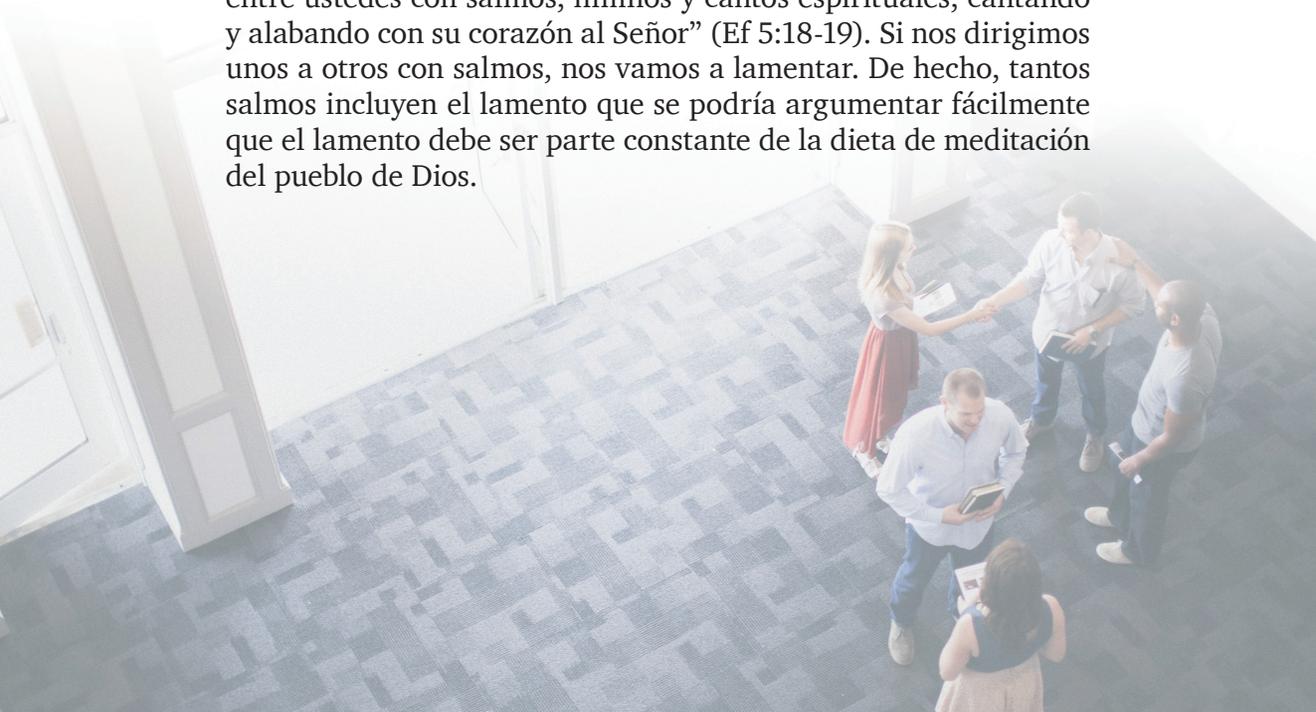
una oportunidad para practicar el lamento. ¿Suena extraño? Permíteme ilustrar lo que quiero decir.

Si una actriz de Broadway llega al día de su función habiendo ensayado unas pocas veces, estará rígida, insegura de sus entradas, insegura de las líneas que tiene que decir, etc. Pero si ha ensayado una y otra vez, cientos de veces, llega a la función con una especie de libertad y espontaneidad que pueden llevarla de una buena actuación a una grandiosa.

De manera similar, los cristianos se reúnen los domingos para ensayar las cosas sobre las que tenemos esperanza y cantar sobre las cosas en las que tenemos confianza. Nos lamentamos con regularidad porque sabemos que se avicinarán tiempos de lamento. Eso es parte de vivir en un mundo donde a todos les suceden cosas lamentables. Lámtate aun cuando no te estés lamentando, para que cuando lleguen esas nubes oscuras, seas espiritualmente ágil y sepas qué canciones cantar y qué oraciones orar.

3. Cantamos canciones de lamento, aun cuando no nos estamos lamentando, porque el Nuevo Testamento nos llama a hacerlo

Pablo les dice a los efesios que “sean llenos del Espíritu. Hablen entre ustedes con salmos, himnos y cantos espirituales, cantando y alabando con su corazón al Señor” (Ef 5:18-19). Si nos dirigimos unos a otros con salmos, nos vamos a lamentar. De hecho, tantos salmos incluyen el lamento que se podría argumentar fácilmente que el lamento debe ser parte constante de la dieta de meditación del pueblo de Dios.



4. Cantamos canciones de lamento, aun cuando no nos estamos lamentando, porque quizás tú deberías lamentarte más de lo que lo acostumbras hacerlo

Un lector sabio pronto descubrirá que no solo acude a los salmos para ser consolado, sino también para ser afligido. A medida que leemos, aprendemos que muchas veces no sentimos lo que deberíamos sentir. Pero la Palabra de Dios enseña cómo debemos sentirnos. Cuando nos sentimos cómodos, la Biblia nos llama regularmente a reconsiderar lo que nos brinda consuelo.

El apóstol Santiago se dirigió a una congregación llena de orgullo espiritual que no reconoció la necesidad de lamentarse de su pecado. Él les dijo: “Aflíjense, laméntense y lloren. Que su risa se convierta en lamento y su gozo en tristeza” (Stg 4:9). Santiago afirmó que el pecado de estas personas los estaba convirtiendo en enemigos de Dios (Stg 4:5). Sin embargo, ellos se reían y estaban felices. ¡Recuerda, estos eran cristianos!

El lamento llama nuestra atención y nos obliga a preguntarnos si estamos tomando a la ligera nuestro propio pecado o trivializando el sufrimiento en nuestra propia congregación y comunidad.

Hazle un espacio al lamento al cantar y orar en público. Pastores, preparen a su congregación para las temporadas de duelo, para que no se sorprendan cuando llegue. Cristianos, familiarícense con el dolor, aun si no están en duelo, para que puedan simpatizar y llorar con aquellos que sí lo están. Eso es lo que nuestro Salvador nos enseñó a hacer con su ejemplo. Dejó el gozo del cielo para conocer nuestro dolor y ahora Él es nuestro compasivo sumo sacerdote.



Santiago Benavides: **UNA CONVERSACIÓN SOBRE EL ARTISTA CRISTIANO Y EL LAMENTO**

POR JOSÚE BARRIOS



La música de Santiago Benavides no permite una clasificación simple. Su estilo musical es rico, abarcando influencias que van desde el folklore hasta el rock pop latinoamericano. Al mismo tiempo, sus canciones —con letras que evidencian una cosmovisión cristiana— han sido un regalo tanto para creyentes como para no creyentes a lo largo y ancho del mundo hispano.

Desde sus comienzos cuando cantaba en buses de Bogotá, hasta el día de hoy cuando ya ha grabado cinco discos y realizado giras en varios países, Benavides demuestra saber cómo impregnar sus canciones con aroma a vida cristiana. Ya sea que esté cantando sobre Dios, el amor, la vida, o la tristeza, sus canciones tienen algo que la mayoría de la música en nuestra cultura sencillamente no tiene.

Yo mismo he disfrutado bastante las canciones de este cantautor colombiano, así que fue todo un gozo poder conocerlo más y conversar con él en una mañana a mediados de junio, estando ambos a casi medio mundo de distancia: Él desde Ontario, Canadá, donde vive con su esposa Diana y sus hijos adolescentes; yo desde Córdoba, Argentina.

Luego de hablar sobre lo que Dios ha estado haciendo en nuestras vidas recientemente y reflexionar sobre nuestras experiencias en Venezuela, pues ambos crecimos allí, pudimos platicar por casi una hora sobre el rol del artista cristiano y el valor del lamento. Lo siguiente son extractos editados de nuestra conversación.

JB: *¿Cómo conociste el evangelio y reconociste tu llamado como artista cristiano a hacer música para la gloria de Dios y el disfrute de Su pueblo?*

SB: En mi caso, la música y mi experiencia con el Señor siempre han ido de la mano. Crecí en una familia católica y cuando hice la primera comunión se cantó una canción que me impactó y recuerdo hasta hoy. La letra decía: “Habla Señor, que tu siervo escucha... Habla Señor, te quiero escuchar”. Esa fue la primera vez que fui impactado por la idea de un Dios llamándome a servirle.

Muchos años después, en mi adolescencia, mis padres estaban en una crisis económica terrible. Regresaron a Colombia después de probar las mieles de la prosperidad en Venezuela, en una época en que la situación de ambos países era muy diferente. Al volver, tuvimos una quiebra familiar y mis padres empezaron a buscar alternativas de formas de ver la vida. En medio de tantas invitaciones que recibieron, fueron a una iglesia cristiana y no volvieron a salir de allí. Ellos quedaron convertidos la primera vez que fueron.

En aquel momento creí que mis padres quedaron atrapados en una secta. Así que prometí nunca ir a la iglesia hasta el día en que mis padres se bautizaron. Entonces fui y me sorprendió mucho ver la vida de la iglesia. Esto fue hace veintiocho años. Recuerdo que un hombre testificó que antes había sido borracho, pero ahora no gastaba el dinero en la taberna, sino en zapatos para los niños y flores para su esposa. Al final preguntó si alguien más quería experimentar esa nueva vida que nos da Jesús. Y yo sin dudarlo,

dije que quería. Así tengo el recuerdo de haber aceptado a Cristo.

¿Cómo se relaciona esto con la música? Yo vivía enamorado de la música latinoamericana y la canción protesta. También creía que, ahora que era cristiano, no había manera de hacer algo que no fuera música para el culto dominical. Entonces vino a mi rescate un grupo de Argentina, el Trío Mar del Plata. No sé si alguna vez llegaste a escucharlos. Son excelentes y lo que hicieron tiene valor eterno. Ellos fueron a mi iglesia, y cuando los escuché cantar con folklore y letras poéticas, llenas de fe y al mismo tiempo enfocadas en el Señor, supe que eso es lo que quería hacer por el resto de mi vida.

“El artista cristiano cumple una función grande al desafiar nuestros prejuicios teológicos”.

JB: *Cuando se habla del arte cristiano, a veces los artistas creyentes no saben cuál es su lugar en la iglesia o en el mundo. ¿Cuál crees que es ese lugar? ¿Cuál es el rol del artista cristiano para ayudarnos a tener una visión más amplia de Dios y el mundo que nos rodea?*

SB: Creo que todo artista cumple un rol que podríamos llamar “profético”, sea consciente o no, esté profetizando verdad o mentira. Profético en el sentido de que, de alguna forma, hablamos de parte de Dios a las personas, en el caso de los artistas cristianos. Pero este rol también es “sacerdotal” en el sentido de que hablamos a Dios de parte del pueblo.

Yo diría que el artista cristiano también cumple una función grande al desafiar nuestros prejuicios teológicos. La Biblia está llena de casos de artistas que desafiaron la teología y tradiciones religiosas del pueblo. Ezequiel, por ejemplo, hace un montón de gestos proféticos artísticos. Se acuesta de un lado, se acuesta del otro, construye una rampa, hace una maqueta de la ciudad... Él fue llamado a mostrar un mensaje a través de disciplinas artísticas.

El mismo Jesús, por ejemplo, tuvo momentos en su ministerio que fueron artísticos, por así decirlo, con parábolas y acciones en las cuales desafió la tradición y los preconceptos de la gente. Creo que una misión importante de los artistas cristianos es que, de nuestra propia intimidad con Dios, surjan expresiones que desafíen los moldes teológicos en los cuales pretendemos enclaustrar a Dios. ¿Me explico?

JB: *Creo que sí. La Biblia es más grande de lo que creemos. Muchas veces queremos reducirla solo a nuestras visiones y perspectivas favoritas (como hicieron los fariseos), cuando en realidad la Biblia es mucho más rica, y el arte tiene una forma de hacer una apologética de esa riqueza que el discurso simplemente oral no tiene.*

SB: Exacto. Antiguamente se hablaba del arte como una especie de encuentro divino entre Dios y el artista. Piensa en la famosa pintura de Miguel Ángel, del dedo de Dios casi tocando el humano. De alguna manera, representa lo que se creía y lo que personalmente creo también que es el arte: que es una especie de momento sagrado.

En la medida en que ese momento sagrado se da, estamos en contacto con Alguien que no puede ser contenido en cajas de ningún tipo, ni físicas ni mentales. Cuando eso ocurre, nuestro arte tiene que desafiarnos. La intimidad con Dios tiene que traducirse en cosas que desafíen nuestra manera de verlo todo. Y mientras el arte cambia nuestra manera de pensar, también cambia algunas de nuestras prácticas. Si pensamos diferente, vivimos diferente, como dice Romanos 12:2.

Por otro lado, el artista también tiene la responsabilidad de interpretar la realidad. En una realidad tan compleja como la que vivimos, los artistas creyentes tenemos que ser agentes de esperanza. ¿En qué sentido? Tomando esta realidad en la que estamos y leyéndola en nuestro arte a la luz de la acción salvadora de Dios.

Esta es una responsabilidad tremenda porque podemos, por ejemplo, agarrar esa realidad difícil y escupirla a nuestra juventud diciéndole que todo en este mundo es una porquería y que no hay ningún sentido para todo (como hacían los grupos de hardcore en Medellín, con canciones que literalmente decían “mátate, mátate”). O podemos tomar esta realidad desafiante y compleja, leerla a la luz de la esperanza que tenemos en Cristo y entregarla a la personas filtrada por esa realidad última que es el evangelio.

**“Los artistas creyentes
tenemos que ser agentes
de esperanza”.**

JB: Entiendo entonces que a eso te refieres cuando hablas del rol “profético” del artista cristiano: Es ver la realidad a la luz de la Palabra de Dios y expresarla a las personas para que puedan ver el mundo así. Y el rol “sacerdotal” es el artista expresando deseos, emociones y pensamientos humanos, y traerlos a Dios en representación de las personas. Creo que esto nos lleva a lo siguiente que quería preguntarte.

Algo que aprecio de varias de tus canciones es la sinceridad y vulnerabilidad que expresas en ellas. En algunas revelas tus luchas como creyente (El mail), tu dolor al ver el pecado y sufrimiento en el mundo (Mira dime dónde), y hasta pones música a pasajes muy difíciles de la Biblia, que hablan de nuestro pecado (Quién me librará). ¿Por qué escribir canciones que podríamos llamar “canciones de lamento”?

SB: Pienso en dos razones para eso. La primera es que Dios nos invita a traerle todo a Él. Es decir, nuestras alegrías y motivos de alabanza, pero también nuestras luchas y dificultades. Eso es algo que Él valora de una manera que a veces ignoramos.

La Biblia dice que David era un hombre conforme al corazón de Dios. Una de las razones por las que creo que dice esto es porque él presentaba todo delante de Dios. Él no podría ser un hombre conforme al corazón de Dios por su moralidad, pues tuvo defectos. Pero cuando estaba contento, bendecía al Señor; cuando estaba abatido, traía su abatimiento al Señor; cuando estaba rabioso, incluso presentaba eso ante Dios. He aprendido que traer todo al Señor, como lo hacía David, nos lleva al principio de la sanidad que Él quiere traer a nuestras vidas. Tengo la experiencia de haber luchado con una adicción por mucho tiempo, y nunca pude ser libre realmente hasta que la traje ante el Señor en mi relación con Él.

“Dios nos invita a traerle todo a Él: nuestras alegrías y motivos de alabanza, pero también nuestras luchas y dificultades”.

Por otro lado, el lamento le da legitimidad y fuerza a nuestra esperanza. Empecemos explicando lo de la legitimidad. Una de las cosas que más nos conmueven y convencen de la veracidad de la Escritura es encontrar transparencia total. Allí uno no halla el disfraz perfecto de los héroes bíblicos. Uno no dice que “esta gente era intachable”. Sí, hay casos de integridad, como José y Daniel. Pero nos desnuda la debilidad de un Elías, el gran hombre de Dios, diciéndole a Dios “basta ya, quítame la vida”. Nos desnudan las debilidades de un tipo como Sansón y un profeta como Jonás. A medida que comprobamos esa honestidad, entendemos que todo lo demás en nuestra fe también es honesto. El lamento da legitimidad a los aspectos del relato bíblico que no son comerciales y taquilleros.

Al mismo tiempo, como mencionamos, el lamento da fuerza a nuestra esperanza. Vemos esto en Lamentaciones. En medio del lamento del profeta, aparece esto con una fuerza impresionante: “Esto traigo a mi corazón, por esto tengo esperanza: que las misericordias del SEÑOR jamás terminan, pues nunca fallan Sus bondades; son nuevas cada mañana; ¡Grande es Tu fidelidad!” (3:21-23). Incluso la identidad de Dios a lo largo de las Escrituras llega a ser la del que cambia el lamento en danza. No podríamos hablar de eso sin el contraste tan fuerte que provee la realidad del lamento. ¿Me doy a entender?

JB: *Definitivamente. No entendemos la magnitud de la gracia de Dios hasta que entendemos la magnitud del pecado. No entendemos la magnitud de la esperanza que tenemos hasta que entendemos la magnitud de las razones por las cuales lamentarnos en este mundo caído. Profundizando más en esto, ¿cómo crees que lo que Jesús hizo en la cruz debería moldear nuestro lamento?*

SB: Lo moldea poniéndole esperanza. Pero déjame ir un poco más atrás. Ante la realidad de nuestro mundo caído, hay tres posibles resultados para nuestro lamento. El primero es el fatalismo. Esto es lo que señala Pablo cuando dice en 1 Corintios 15 que, si Cristo no resucitó, entonces comamos y bebamos que mañana moriremos. Vemos muchas expresiones de fatalismo hoy en día, algunas aparentemente más destructivas que otras, pero todas inspiradas igual en el hecho de que “aquí no hay nada que hacer”.

El segundo posible resultado es más tentador porque implica la noción de que estamos “haciendo algo” respecto a una realidad que queremos cambiar. Es la rabia y resulta muy atractiva. Yo mismo fui seducido muchas veces por ella. Hace muchos años escribí una canción rabiosa despotricando contra la corrupción en mi país. La cantaba en todo evento que teníamos con el pueblo, los estudiantes, los líderes. Siempre producía un rugido atronador justiciero en las personas. Me sentía gratificado por esa reacción.

En una ocasión la canté en un evento a favor de la defensa de los derechos humanos. Al final del evento, se me acercó un pastor anciano; creo que es el hombre que más ha luchado por los derechos humanos en Colombia.

Él me dijo: “Santiago, hay algo que quiero decirte sobre esta canción. Es muy bonita y puede ser muy real, puede ser muy justificable, pero quiero que entiendas que la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Stg 1:20). Esto me impactó.

“La confianza bíblica no es una espera pasiva; es una hoja verde en tiempos de sequía”.

Entonces, un posible desenlace del lamento es la rabia. Nos da la sensación de que estamos haciendo algo y tomando el futuro en nuestras manos cuando en realidad, y usando los términos de *Star Wars*, la ira siempre es el camino “al lado oscuro”.

En contraste con el fatalismo y la rabia, está la esperanza a la que Cristo y su Palabra nos llaman y que solo podemos experimentar cuando traemos nuestro lamento ante Él. Es la posibilidad de la confianza en Dios, que no es una simple espera pasiva. No dice “cantemos coritos mientras el mundo arde porque un día Cristo vendrá a salvarnos”. En cambio, es la confianza de saber que, aún en medio de las circunstancias, Dios es nuestra esperanza y Él tendrá una salida. Como dice Jeremías: “Bendito es el hombre que confía en el SEÑOR, cuya confianza es el SEÑOR. Será como árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces junto a la corriente; no temerá cuando venga el calor, y sus hojas estarán verdes; en año de sequía no se angustiará ni cesará de dar fruto” (Jr 17:7-8).

La confianza bíblica no es una espera pasiva; es una hoja verde en tiempos de sequía. Imagina lo que significa una persona que confía en Dios en un contexto de dictadura, escasez, desempleo, pandemia o injusticia. En medio de las circunstancias, mantiene

su hoja verde, pero además es un árbol: provee frescor, desintoxicación, esperanza y reposo a los demás. Es alguien que experimenta una vida que no solo le permite mantenerse firme, sino que además se convierte en un canal para que muchos otros encuentren también vida, esperanza y razón. Esto es algo que solo podemos tener por medio del evangelio.

Puedes escuchar la música de Santiago Benavides en [Youtube](#) y [Spotify](#).

TABLA DE CONTENIDO



NUESTRO MEJOR CONTENIDO
DIRECTO A TU CORREO

¡SUSCRÍBETE!





Mi mano se extendía sin cansarse...
como un camino en las aguas inmensas.

Hugo Pineda

[instagram.com/hp_hugopineda](https://www.instagram.com/hp_hugopineda)
[behance.net/hp_hugopineda](https://www.behance.net/hp_hugopineda)
[instagram.com/cc_corazon_creativo](https://www.instagram.com/cc_corazon_creativo)

POR HUGO PINEDA

En esta ilustración inspirada en el Salmo 77, el mar representa las emociones que expresamos con lamento: tristeza, dolor, angustia, ansiedad, enojo y muchas más. Al final, ellas nos hacen pensar que nos ahogamos y que tenemos que luchar por nuestra cuenta para mantenernos en la superficie.

La muchacha con su mano extendida hacia la superficie está renunciando a luchar en sus propias fuerzas. Está dirigiendo sus ojos a Dios, entregándose por completo a Él. Lo que ella es incapaz de ver, mientras está pasando por ese trance, son las manos que están a punto de sostenerla y llevarla de nuevo a la superficie. Esas manos representan a Dios, quien permite todas estas circunstancias en las cuales ella está envuelta para que ella, finalmente, lo conozca y lo reconozca en todos sus caminos.

Que ella esté clamando hacia arriba y dé la espalda a las manos, al final es una alegoría de lo difícil que es observar la misericordia de Dios, su cuidado y su obra en medio de nuestro dolor y sufrimiento. Pero, a pesar de todo, Él sigue cuidándonos.

Anhelando vidas tranquilas: El lamento por el trabajo y la propuesta cristiana

POR JAIRO NAMNÚN

Un amigo me comenta de cómo estuvo pasando por uno de esos tiempos difíciles en donde todo le sale mal. Tensiones en casa, carga en el trabajo, sin tiempo para entregar su tesis, desorientado con situaciones en la iglesia.

Él se acercó a un reconocido seminarista y pastor, quien lo escuchó atentamente por poco más de una hora, haciendo preguntas sobre su situación y su corazón. Finalmente, mi amigo paró de hablar y le preguntó: “Doctor, ¿qué piensa? ¡Dígame qué hago!”. A lo que el reconocido erudito le respondió: “Bueno, mi querido...tienes que entender algo. La vida es difícil. Y después te mueres”.

La vida es difícil... y después morimos. Cuánta verdad. Claro, no parece gran remedio en el momento, ¿cierto? Sin embargo, mi buen amigo me consoló con esas palabras en un momento donde todo me estaba saliendo mal, con tensiones en casa, carga en el trabajo, responsabilidades en los estudios y situaciones complejas en mi iglesia.

La ambición de una vida tranquila

En medio de una carta casi olvidada hay un pasaje casi recordado. 1 Tesalonicenses 4 es el lugar al que muchos van para conversar sobre la segunda venida del Señor y el raptó (13-18). Los líderes de jóvenes y los padres y los pastores vamos al inicio del capítulo para hablar sobre la inmoralidad sexual (3-5). Pero en el medio del capítulo nos encontramos con una porción de la que no hablamos con frecuencia. Así nos dice la Escritura:

“Que tengan por su ambición el llevar una vida tranquila, y se ocupen en sus propios asuntos y trabajen con sus manos, tal como les hemos mandado; a fin de que se conduzcan honradamente para con los de afuera, y no tengan necesidad de nada” (1 Tesalonicenses 4:11-12).

En la montaña, la playa, la ciudad o en el campo, ¿quién no se imagina ese remanso de paz? Tener por ambición una vida tranquila implica desear algo más que unas vacaciones temporales. Después de todo, muchos de nosotros hemos tenido vacaciones de las que regresamos más cansados (o, peor aún, más endeudados) que cuando nos fuimos. Una vida tranquila implica un día a día de paz, una cotidianidad de descanso y no de conflictos y dificultades.

De hecho, Pablo también nos dice “que se ocupen en sus propios asuntos”, como reconociendo que una vida tranquila es una vida enfocada, no dispersa. El contexto –el amor fraternal– nos deja claro que no se trata de una vida aislada, como si la tranquilidad necesitara de monasterios y murallas.

Pero bien acompaña a nuestro pasaje un buen proverbio: “Como el que toma un perro por las orejas, así es el que pasa y se entremete en pleito que no es suyo” (Pr 26:17). Nosotros tenemos nuestros propios asuntos en los que inmiscuirnos, nuestras propias cuentas que rendir. Eso es parte de la vida tranquila a la que debemos ambicionar.

“Para poder ambicionar vivir una vida tranquila tenemos que trabajar con nuestras manos, tal como el Señor nos ha mandado”.

Que trabajemos con nuestras manos

Pero la vida tranquila no es la vida perezosa. Quietud y reposo no son sinónimos de flojera y ocio. El apóstol nos advierte, en el mismo texto, con el mismo contexto, como parte del mismo mandato: “trabajen con sus manos, tal como les hemos mandado”. La vida tranquila, la que Dios nos ordena, es una vida que conlleva el trabajar. Y eso no fue un mandato solo a la iglesia en Tesalónica.

En la montaña, la playa, la ciudad o en el campo, hasta este momento en la historia, ningún remanso ha sido de mayor paz que el jardín del Edén. Esa tierra preparada por Dios mismo para

Su familia escogida, Adán y Eva, donde el deleite era la orden del día. Ellos solo podían ocuparse en sus propios asuntos porque todo el mundo era de ellos, a excepción de una pequeñísima parte, un árbol. Las condiciones climáticas y ambientales, las vistas y los colores, el sabor de los frutos y vegetales, eran superiores a todo lo que ningún ser humano después de ellos ha podido experimentar.

Fue en ese mundo de deleite, en ese jardín de tranquilidad, sin pecado ni maldad, que Dios “tomó al hombre y lo puso en el huerto del Edén para que lo cultivara y lo cuidara” (Gn 2:15). Cultivar y cuidar un jardín no es cosa fácil, mucho menos un jardín lleno de todo tipo de animales, frutos, árboles y maravillas. Por supuesto, Dios no le hubiera ordenado a Adán y a Eva una labor imposible: ellos eran Sus representantes en la tierra, así cual sea la labor que ellos tenían que hacer, se trataba de una labor posible para ellos. Pero era una labor. Era un trabajo para sus manos.

Para nosotros poder ambicionar vivir una vida tranquila tenemos que trabajar con nuestras manos, tal como el Señor nos ha mandado. Fue verdad para el primer Adán y fue verdad para el segundo Adán (Jn 5:17). También es verdad para nosotros, hijos de Adán. De hecho, bien nos dice Pablo en su segunda carta a esta misma iglesia: “Si alguien no quiere trabajar, que tampoco coma” (2 Ts 3:10).

No tenemos necesidad de nada

Sostener estas dos verdades centrales –el ocuparnos en nuestros asuntos y el trabajar con nuestras manos– y atarlas a la inmensa bondad soberana de Dios puede producir un efecto transformador en el corazón del trabajador cristiano. Esto es verdad aun para aquellos de nosotros que llegamos a sentirnos sobrecogidos y hasta lamentamos nuestras condiciones laborales. Tal vez nos lamentamos por poca paga, mucha demanda, largas horas de tránsito o dificultades con superiores o subalternos.

Dios creó nuestro trabajo para nosotros. Nuestros jardines son nuestros: nuestros trabajos son nuestros, creados por un Padre amoroso que no escatimó a Jesús por nuestros pecados y preparó nuestros trabajos para nuestra santificación y el bienestar de los que nos rodean.

Porque podemos –debemos– ambicionar una vida tranquila, entonces debemos dejar de lamentarnos y descubrir que hay espacio para buscar y orar por un mejor trabajo, querer y pedir un aumento salarial, y ahorrar y planificar unas vacaciones. Porque nos ocupamos de nuestros propios asuntos, no andamos lamentándonos de “si pudiera tener un trabajo de oficina”; “si tan solo pudiera estar en el ministerio a tiempo completo”; “si no tuviera que estar en la casa con mis hijos”; “si tan solo me dejaran trabajar desde la casa”.

“Una vida tranquila tiene que ver con estar bien delante de Dios y los hombres, no con no tener dificultades alrededor de nosotros”.

Una vida tranquila tiene más que ver con estar bien delante de Dios y delante de los hombres, no con no tener problemas y dificultades alrededor de nosotros. Nuestro Salvador –Ejemplo y Redentor– pudo ser Manso y Humilde sin tener tiempo para comer (Mr 6:31).

La vida nos llena de lamentos y es difícil, sí, y después morimos y descansamos en nuestro Creador. Pero mientras recorremos las dificultades, trabajamos. Con enfoque y esperanza, anhelando la tranquilidad.



¡Síguenos en nuestras
Redes Sociales!



@coalicionporevangelio



Coalición por el Evangelio



@coalicionporevangelio



Coalición por el Evangelio



www.coalicionporevangelio.org

LAS IGLESIAS FUERTES HABLAN EL LENGUAJE DEL *lamento*

POR MARK VROEGOP

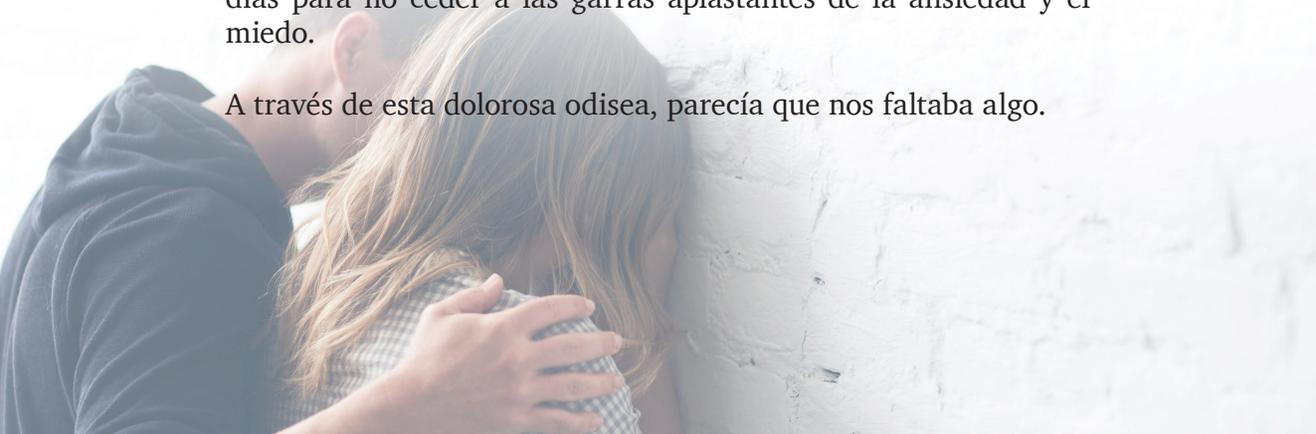
Un día frío de febrero coloqué el pequeño ataúd de mi hija en una tumba recién cavada. Unos días antes, mi esposa había dado a luz a nuestra hija que nació muerta, Sylvia, después de casi nueve meses de embarazo. Faltaban solo unos días para su fecha de parto, pero el corazón de Sylvia dejó de latir sin explicación.

Familiares y amigos cercanos se amontonaban a nuestro alrededor. Después de colocar suavemente el ataúd en el suelo, reuní a mi esposa y a mis tres hijos. Nos alejamos de la tumba, nuestros corazones atravesados por un dolor insondable.

Fue el comienzo de un largo viaje.

Nuestro camino nos llevó a través de emociones conflictivas, preguntas persistentes y decepciones adicionales. Sufrimos múltiples abortos espontáneos y una gestación anembrionada (un embarazo falso positivo). Aunque finalmente concebimos y dimos a luz a una hija sana unos años más tarde, luchábamos todos los días para no ceder a las garras aplastantes de la ansiedad y el miedo.

A través de esta dolorosa odisea, parecía que nos faltaba algo.



EL ELEMENTO FALTANTE

Mi esposa y yo creíamos firmemente en la bondad de Dios. Sabíamos que iba a trabajar en nuestro dolor para su gloria y nuestro bien. Atesoramos su soberanía, pero la vida diaria seguía siendo dura, muy dura. El dolor no era dócil. A través de nuestros momentos oscuros, hablamos con Dios sobre nuestro dolor, nuestras preguntas y nuestros miedos.

Sin embargo, cuando ocasionalmente compartía las luchas de mi alma con otras personas, algunos respondían de manera incómoda o extraña. Con frecuencia intentaban encontrar algo positivo que decir. Otros tropezaron con sus palabras al intentar establecer una conexión personal con nuestro dolor. Cuando era honesto con la profundidad de nuestras luchas o dudas, las personas generalmente querían cambiar de tema, rápidamente.

Empezamos a entender que la mayoría de la gente no sabía cómo acompañarnos en nuestro dolor. Sé que todas las personas tenían buenas intenciones. No las culpo ni guardo resentimiento. Pero era como si no hablaran nuestro idioma.

“El elemento que faltaba en nuestro dolor era la familiaridad con el lamento: la conversación sincera y honesta con Dios a través de las luchas de la vida”.

Mirando hacia atrás, ahora puedo ver que el elemento que faltaba en nuestro dolor era la familiaridad con el lamento: la conversación sincera y honesta con Dios a través de las luchas de la vida.

El lamento también era un lenguaje nuevo para nosotros. No sabía cómo llamarlo en ese momento, a pesar de que era un pastor capacitado en el seminario. De alguna manera, eludí el hecho de que los lamentos se encuentran en más de un tercio de los salmos bíblicos. El lamento simplemente no era un terreno familiar para mí, y mi dolor reveló esa brecha.

AFINANDO MI CORAZÓN

La pérdida afinó mi corazón para anhelar la honestidad sincera del lamento. Anhelaba que los demás entendieran la tensión de saber que lo difícil no es malo, pero aún así es *difícil*.

Mientras leía libros sobre el dolor, noté que la mayoría intentaba explicar el proceso psicológico del dolor o buscaba proporcionar una defensa de por qué Dios permite el sufrimiento. El lamento era prácticamente ignorado. Mientras escuchaba los funerales y los servicios dominicales, me di cuenta de que eran ligeros en el lamento. La norma era la celebración y los cantos de victoria. Aunque tampoco tengo nada en contra de eso, era evidente la ausencia del lamento.

Mi corazón anhelaba la melodía en clave menor del lamento, una canción para cuando estás viviendo entre dos polos: una vida dura por un lado y la confianza en el cuidado soberano de Dios en el otro.

LA GRACIA DEL LAMENTO

Cuando comencé a hablar y predicar sobre el lamento a lo largo de los años, fui testigo de una respuesta interesante. Las personas heridas salieron de su letargo. Cuando le pregunté a alguien la razón por la cual había solicitado una consejería conmigo, dijo: “Lo que dijiste el domingo me hizo pensar que realmente lo entiendes”.

Hablábamos el mismo idioma. Empecé a ver el lamento como un regalo.

En lugar de darle a Dios el tratamiento silencioso, caer en la desesperación (“no puedo hacer esto”) o la negación (“todo está bien”), el lamento nos anima a hablar con Dios sobre nuestras luchas para que podamos reafirmar nuestra confianza en Él. En pocas palabras, el lamento es una oración en medio del dolor que conduce a la confianza.

“El lamento es una canción para cuando estás viviendo entre dos polos: una vida dura por un lado y la confianza en el cuidado soberano de Dios en el otro”.

Descubrí que hay gracia disponible si aprendemos el lenguaje del lamento y si reordenamos nuestra vida de oración en torno a esta liturgia de pérdida que nos ha sido dada por manos divinas. Hay por lo menos cuatro pasos en este viaje doloroso:

1. RECURRE A LA ORACIÓN

Cuando el dolor crea luchas o preguntas difíciles, el lamento nos invita a hablar con Dios al respecto. Aun si es complicado o incómodo, lamentarse es mejor que fingir o no hablar con Él.

2. TRAE TUS QUEJAS

El lamento nos invita a hablar con Dios sin rodeos: hacerle nuestras preguntas y decirle nuestros temores y frustraciones. Hay gracia en esta canción en clave menor a medida que nos volvemos honestos con Dios, sabiendo que los lamentos bíblicos plantean preguntas osadas: “¿Ha olvidado Dios tener piedad?” (Sal 77:9).

3. PIDE CON VALENTÍA

Pedirle a Dios que actúe de acuerdo con sus promesas corre en paralelo a nuestras quejas. El dolor puede generar decepción, pero el lamento proporciona el lenguaje que se atreve a volver a tener esperanza. El lamento nos invita a pedir ayuda, una y otra vez

4. ELIGE CONFIAR

El destino final de todos los lamentos es una afirmación de confianza en Dios. Las oraciones honestas y desde lo más profundo de nuestro interior proporcionan un camino para que las personas heridas puedan superar su dolor. Los lamentos no son callejones sin salida del dolor, sino canales para una fe renovada.

Por ejemplo, el Salmo 13 comienza con la pregunta de por qué Dios parece tan lejano: “¿Me olvidarás para siempre?” (Sal 13:1). Pero termina con esta afirmación llena de esperanza: “Pero yo en Tu misericordia he confiado; mi corazón se regocijará en Tu salvación” (Sal 13:5).

Aquí es donde el lamento nos lleva: de regreso a confiar en la gracia de Dios.

“Los lamentos no son callejones sin salida del dolor, sino canales para una fe renovada”.

LAMENTOS LLENOS DE FE

La vida está llena de dolor. Parecería que deberíamos estar más familiarizados con esta expresión de dolor inspirada. Aun Jesús derramó su corazón al Padre citando un salmo de lamento mientras estaba en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Sal 22:1).

Mi camino personal y pastoral me enseñó que se necesita fe para lamentarse.

Dios nos ha dado este cántico en clave menor debido a la gracia que viene cuando nos volvemos, nos quejamos, pedimos y confiamos. Más que etapas de fórmula del dolor, este lenguaje de oración nos invita a seguir hablando con Dios sobre el dolor, incluso cuando las nubes oscuras persisten.

El lamento es más que lágrimas y dolor. Se vuelve hacia el Salvador que prometió regresar. El lamento vocaliza el anhelo del día en que Él “enjuagará toda lágrima de sus ojos” (Ap 21:4). Los cristianos creen en la bondad de Dios y conocen el arco del plan de redención: creación, caída, redención y restauración.

Mientras tanto, mientras anhelamos que se complete ese glorioso plan, nos lamentamos.

Es por eso que el lamento no debe faltar en nuestra oración, canciones, enseñanza o consejería. Debemos permitir que traiga gracia a las reuniones de grupos pequeños, grupos de apoyo para personas en duelo u oraciones pastorales en medio de una crisis nacional.

“En pocas palabras, el lamento es una oración en medio del dolor que conduce a la confianza”.

Recuperar el lenguaje histórico y bíblico del lamento puede ser un ancla para el alma mientras atravesamos por este mundo quebrantado.



Tema: Dios es un pastor bondadoso y un guía que nos ayuda a obedecer sus mandamientos. Él es nuestra única esperanza de vida eterna y seguridad.
Autor: David

23 Salmo de David.

23-1
Jr 10:11
1 P 2:25
23-2
Sal 46:4
Ez 34:14
Ap 7:17
23-3
Sal 6:8; 19:7; 85:13
23-4
Sal 27:1; 107:14
23-5
Sal 16:5; 78:19;
92:10
23-6
Sal 25:6-7, 10;
27:4-6
23-7
Sal 33:8; 88:12;
89:20
23-8
Sal 35:18; 40:9-10

¹ El SEÑOR es mi pastor;
tengo todo lo que necesito.
² En verdes prados me deja descansar;
me conduce junto a arroyos frescos.
³ Él renueva mis fuerzas.
Me guía por sendas justas
y así da honra a su nombre.
⁴ Cuando yo pase
por el valle de las sombras,
no temeré,
porque tú estás a mi lado.
Tu vara y tu cetro
me consuelan.
⁵ Me preparas un
banquete en presencia de mis enemigos.
Me has engrasado mi cabeza con aceite.
Mi copa rebosa.
⁶ Ciertamente tu bondad y tu amor
me seguirán todos los días de mi vida,
y en la casa del SEÑOR viviré
por siempre.

TEOLOGÍA CONCISA

ENSAYOS TEOLÓGICOS

coalicionporelevangelio.org/teologia-concisa

24 Salmo de David.

24-1
Sal 89:11
11 Co 10:26

¹ La tierra es del SEÑOR y todo lo que hay en ella;
el mundo y todos sus habitantes le pertenecen.
² Pues él echó los cimientos de la tierra sobre los mares
y echó sobre las profundidades de los océanos.



El lamento bíblico es mejor que los trofeos gratuitos

POR WENDY BELLO

Vivimos en la generación de los “trofeos por participación”. Me di cuenta de esto desde que mis hijos comenzaron en la escuela primaria. Al finalizar el curso, las maestras debían entregar al menos un certificado a cada alumno de su clase. Como es lógico, algunos certificados no necesitan pensarse dos veces porque siempre hay un niño superavanzado en lectura o matemáticas. También siempre hay algún estudiante que sobresale por su disposición a ayudar a los demás o por su puntualidad. Sin embargo, igual es cierto que algunos estudiantes prefieren no esforzarse de manera habitual y ser indisciplinados. Esa conducta no merece reconocimiento, pero dada la política de “todos son ganadores”, la maestra tenía que inventarse algún tipo de certificado incluso para esos estudiantes!

Esa cultura de “todos ganadores” se ha infiltrado en nuestras iglesias. Somos parte de una generación de cristianos que, en una gran mayoría, solo está dispuesta a recibir “palabras de afirmación” y “mensajes positivos”. No me malentiendas. La Escritura está llena de palabras que se expresan para dar ánimo y aliento en medio de todo tipo de circunstancias, y somos llamados a “hablar la verdad en amor” (Ef. 4:15). Pero en nuestros tiempos, creemos que “decir la verdad en amor” es sinónimo de que solo se nos diga aquello que queremos escuchar.

La filosofía de “trofeos por participación” ha llevado a la iglesia a evadir el lamento por el pecado y la exhortación al arrepentimiento.

“Aflíjense, laméntense y lloren”

Santiago, en su carta, incluye un mensaje que nos invita a reflexionar, y sus palabras no vienen envueltas en celofán ni recubiertas de azúcar. Son claras y directas:

“Acérquense a Dios, y Él se acercará a ustedes. Limpíen sus manos, pecadores; y ustedes de doble ánimo, purifiquen sus corazones. Aflíjense, laméntense y lloren. Que su risa se convierta en lamento y su gozo en tristeza. Humíllense en la presencia del Señor y Él los exaltará” (4:8-10).

El contexto es la presencia de conflictos y guerras entre los creyentes como resultado de actitudes pecaminosas que tenían su raíz en la envidia y los celos. La gravedad del asunto lleva a Santiago a dirigirse a sus lectores como “almas adúlteras”, es decir, personas que estaban traicionando a Dios con su conducta pecaminosa (v. 4). Como resultado, y en lugar de tratar de razonar con argumentos suaves y decirles, “bueno, eso es normal, a cualquiera le pasa...” y cosas semejantes, Santiago les habla en modo imperativo: aflíjense, laméntense, lloren por su pecado.

“Como iglesia tenemos la responsabilidad no solo de darnos ánimo o alentarnos unos a otros, sino también de lamentarnos cuando el pecado se hace patente”.

Al hablar de que su risa se convierta en lamento, les está pidiendo que reflexionen con seriedad en lo que estaba sucediendo, que entiendan que la tristeza era lo que correspondía y la única solución posible era humillarse delante de Dios. El pasaje nos recuerda el lenguaje que tan a menudo usaron los profetas para revelar al pueblo de Israel la culpa por su pecado y la necesidad de lamentarse por ella y correr a Dios arrepentidos.

El valor del lamento por el pecado

Cuando dejamos de mirar en el espejo a nuestro pecado, nos volvemos indiferentes ante su presencia. Olvidamos la grandeza de la cruz y nuestra necesidad de ella. Recordarnos unos a otros que estamos en el “sí, pero todavía no” de la historia redentora —esa etapa en la que ya los creyentes somos salvos, pero todavía aguardamos nuestra glorificación— nos ayuda a entender que la

santificación es un proceso diario. De hecho, es un proceso que muchas veces vendrá bañado de lágrimas y eso está bien porque, aunque hemos sido perdonados, el pecado todavía nos asedia, nos atrae, nos cautiva y muchas veces, nos atrapa hasta el punto de hacernos caer.

Como iglesia tenemos la responsabilidad no solo de darnos ánimo o alentarnos unos a otros, sino también de lamentarnos cuando el pecado se hace patente. El vivir *coram Deo*, en la presencia de Dios, es vivir en busca de la santidad y, por ende, implica no ignorar el pecado ni minimizarlo. ¡Hay que lamentarlo!

Es crucial que nos exhortemos unos a otros a mirar a Jesús. Cuando nuestros ojos están puestos en Él, su santidad brilla en contraste con nuestra carencia de ella. Compararnos con los demás no nos lleva a lamentar el pecado, sino a la arrogancia. De ahí que Santiago les recuerde que Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes (v. 6). Cuando miramos a Jesús, descubriendo quién es y lo que espera de nosotros, isin dudas vendrá a nuestro corazón el lamento! Pero con ello también vendrá un reconocimiento de cuán grande es nuestra necesidad de Cristo, de Su gracia y seremos capaces de descubrir y gozar su poder transformador.

“El lamento bíblico nos ayuda a poner la mirada en la eternidad y a recordar la esperanza que solo podemos tener en Dios”.

El problema es que nos resulta muy fácil acomodarnos y creer que podemos abaratar la gracia de Dios al pensar que, puesto que Él es perdonador y amoroso, nuestro pecado no es tan grave, es decir, que no

hay nada de que lamentarse. Por eso, hablar la verdad en amor también es reconocer cuándo estamos viviendo en la tibieza que el Señor detesta (Ap 3:16), con “doble ánimo”, iy lamentar juntos! Hay tiempos para dar aliento y tiempos para ser amonestados, y lo uno y lo otro puede ir de la mano. Eso es lo que hace Santiago en este pasaje. Les recuerda a sus lectores que no se puede coquetear con el pecado, que renuncien a esa falsa alegría y lloren, que lamenten la condición de su corazón y se humillen ante Dios. ¡Entonces experimentarán el verdadero gozo!

En su segunda carta a los cristianos corintios, Pablo lo expresa así: “Porque la tristeza que es conforme a la voluntad de Dios produce un arrepentimiento que conduce a la salvación, sin dejar pesar; pero la tristeza del mundo produce muerte” (2 Co 7:10). ¿Lo viste? El arrepentimiento, que viene como consecuencia de la tristeza —ese lamento profundo— ino deja pesar! Por el contrario, nos trae vida y gozo. De modo que no se trata de vivir la vida cristiana en un estado sombrío, con rostros severos y miradas lúgubres. Se trata de recordar que nuestro mensaje nos debe llevar más allá del ánimo y las palabras alentadoras.

Lamentar para vivir con esperanza

Esto nos lleva a otra cara del lamento que no podemos pasar por alto. Parece que la iglesia occidental ha llegado a creer que el lamento es incompatible con la fe. Tal es así que, cuando vienen momentos de dolor profundo, no sabemos cómo reaccionar. Si no hablamos de esta teología del lamento, no estaremos preparados cuando llegue la angustia. Esa fue la realidad para muchos durante la pandemia del COVID-19.

Sin embargo, la Escritura nos invita al lamento. La mayoría de los salmos se ubican dentro de esa categoría. Ser cristiano no quiere decir que estamos exentos del sufrimiento, ni que debemos colocarnos una máscara que disfrace nuestros verdaderos sentimientos y muestre un rostro feliz. Se nos exhorta a llorar con los que lloran, a venir delante de Dios y expresar el quebrantamiento y el dolor que nos abrumba como consecuencia de vivir en este mundo caído.

Los creyentes debemos hacer espacio para recordarnos que está bien sufrir y llorar, lamentarnos porque el dolor es parte de nuestra vida debajo del sol y no un síntoma de falta de fe. Y, ¿sabes?, eso es bueno porque nos ayuda a poner la mirada en la eternidad y a recordar la esperanza que solo podemos tener en Dios. Nos ayuda a vivir con el anhelo del establecimiento de la nueva creación, el reino de Cristo. Podemos repetir junto al salmista: “En cuanto a mí, a Dios invocaré, y el Señor me salvará. Tarde, mañana y mediodía me lamentaré y gemiré, y Él oirá mi voz” (55:16-17).



EL *lamento* TAMBIÉN ES PARA LOS PEQUEÑOS

POR CHRISTINA FOX

Los últimos meses han traído un torbellino de emociones. Tristeza. Temor. Decepción. Soledad. Se han estrellado sobre nosotros como olas golpeando contra la orilla. Los desafíos y luchas de la vida en pandemia continúan dejándonos tambaleantes. Las pérdidas que hemos soportado, las dificultades que seguimos soportando y las incertidumbres que nos esperan nos han dejado abrumados.

Si esto es cierto para nosotros como adultos, ¿cuánto más cierto será para nuestros hijos?

LAS EMOCIONES DIFÍCILES DE LA VIDA

Nuestros hijos experimentan grandes emociones. Como nosotros, ellos también experimentan tristeza y miedo, soledad y dolor. Por lo tanto, necesitan ser equipados para saber cómo navegar a través de sus sentimientos. Necesitan ser discipulados en cómo responder a sus sentimientos de una manera bíblica.

Sin embargo, como padres, a menudo nos cuesta bastante lidiar con nuestras emociones. Podemos sentirnos incómodos aun hablando de sentimientos, lo que hace todavía más difícil ayudar a nuestros hijos a navegar a través de los suyos. También solemos adoptar prácticas poco saludables aprendidas en nuestra infancia: evitar las emociones, reprimir las emociones o calmar las emociones con comida u otras comodidades temporales.

Padres, Dios no los ha dejado solos. Nos muestra a todos, incluyendo a nuestros hijos, cómo entregarle a Él nuestras emociones difíciles. Él nos invita a clamar a Él en nuestro [lamento](#).

ENSEÑA A TUS HIJOS A LAMENTARSE

La Biblia habla de emociones en todas sus páginas. Los Salmos, los cuales Juan Calvino describió como “una anatomía de todas las partes del alma”, contienen descripciones especialmente

vívidas de las emociones humanas. Allí, el pueblo de Dios enfrenta las mismas emociones que todos sentimos. La prosa de los salmistas expresan los dolores, temores y preocupaciones que todos experimentamos.

“Nuestros hijos necesitan ser discipulados en cómo responder a sus sentimientos de una manera bíblica”.

Más aún, estos poetas nos muestran que Dios quiere conocer nuestro corazón. Él quiere que le llevemos en lamento nuestras emociones dolorosas.

Los salmos de lamento se destacan de los otros cánticos porque son de tono oscuro, más como un canto fúnebre y triste que como un canto de alabanza jubiloso. Son honestos y transparentes sobre la dureza de la vida. El salmista usa metáforas vívidas para describir cómo se siente.

Estos salmos suelen seguir una estructura triple: *dile a Dios cómo te sientes; pide ayuda; responde con confianza y esperanza*. Podemos usar este patrón para ayudar a nuestros hijos a aprender a lamentarse ante Dios por todo lo que sienten.

1. DILE A DIOS CÓMO TE SIENTES

Cuando los niños se nos acercan abrumados por una gran emoción, podemos ayudarlos a aprender a expresar esos sentimientos. Podemos hacer preguntas para saber cómo se sienten y luego darles las palabras que los ayuden a describir sus sentimientos.

¿Tu barriga se siente extraña? ¿Tu corazón late con fuerza? Parece que le tienes miedo a la tormenta de afuera. Vamos a decirle a Dios que tienes miedo.

Veo que has estado llorando. ¿Te sientes triste? ¿Extrañas a tu mejor amigo que se mudó? Vamos a decirle a Dios que te sientes solo.

Podemos contarles la historia de David y cómo él también experimentó grandes emociones y las llevó al Señor en oración (Sal 13; 27; 42). Cuanto más ayudemos a nuestros hijos a orar cuando sienten cosas difíciles, más se convertirá en su hábito espiritual, uno al que recurren a medida que maduran.

2. PIDE AYUDA

El salmista no solo le dice a Dios cómo se siente, también le pide al Señor que intervenga y ayude. Ya sea que sienta una profunda tristeza y dolor, tenga miedo de sus enemigos o esté enojado por la injusticia, el salmista le ruega a Dios que lo rescate y libere: “Escucha, oh SEÑOR, mi voz cuando clamo; ten piedad de mí, y respóndeme” (Sal 27:7).

“Cuanto más ayudemos a nuestros hijos a orar cuando están sintiendo cosas difíciles, más se convertirá en su hábito espiritual”.

Nuestros hijos necesitan aprender a orar y pedirle ayuda al Señor. Si tienen miedo de una tormenta, pueden pedirle a Dios que los proteja. Si están preocupados por el examen de mañana, pueden pedirle a Dios que los ayude a recordar lo que han aprendido. Si sienten tristeza por una pérdida, pueden pedirle a Dios que los consuele.

Cuando discipulamos a nuestros hijos para que clamen a Dios, ellos aprenden que Él es su refugio y lugar seguro.

3. RESPONDE CON CONFIANZA Y ESPERANZA

Casi todos los salmos de lamento terminan en una respuesta de confianza, esperanza y alabanza. Mientras el salmista expresa sus dolorosas emociones, mientras clama por ayuda y liberación, le recuerda a su corazón quién es Dios y lo que Él ha hecho: “Pero yo en Tu misericordia he confiado; mi corazón se regocijará en Tu salvación. Cantaré al SEÑOR, porque me ha llenado de bienes” (Sal 13:5-6).

La mayoría de las veces, las circunstancias del salmista no cambian. Todavía está siendo perseguido por sus enemigos; todavía siente dolor por las pérdidas en su vida. Sin embargo, el lamento le ha recordado que Dios está cerca, y por eso responde con adoración y confianza.

SÉ INTENCIONAL

Al orar con nuestros hijos a través de sus emociones, podemos ayudarlos a recordar el carácter y los caminos de Dios. Podemos ayudarlos a dar gracias al Señor por quién es Él y lo que ha hecho. Podemos recordarles las formas en que el Señor los ha cuidado en el pasado. Podemos ayudarlos a responder al Señor con confianza.

Las emociones dolorosas son difíciles de manejar para todos. Discipulemos intencionalmente a nuestros hijos a través de sus emociones difíciles, apuntándolos al Dios que se preocupa por cómo ellos se sienten.



Miqueas y la realidad latinoamericana: Cómo lamentarnos ante el Señor

POR MATÍAS PELETAY

La historia política de nuestros países ha sido turbulenta desde sus inicios, pendulando de izquierda a derecha y con mucha sangre de por medio. Se han ensayado varias soluciones como el fomento industrial, una distribución más equitativa de la riqueza o políticas de reivindicación social, pero ninguna ha sido la respuesta definitiva.

Esta triste realidad nos conmueve debido al amor y el sentido de pertenencia que tenemos por nuestros países. ¿Cómo podemos expresar nuestro lamento? El capítulo 7 de Miqueas puede ayudarnos a responder estas interrogantes.

Un pueblo experto para el mal

Miqueas utiliza una excelente expresión para describir la situación que veía a su alrededor: “para el mal las dos manos son diestras” (v. 3). Las personas de aquel tiempo se habían vuelto expertos en el engaño, el soborno y la traición; eran ambidiestros para salirse con la suya, es decir, expertos para hacer el mal.

El profeta pinta un cuadro desolador en los primeros versículos, de una tierra seca, arrasada y sin frutos. No encuentra ni siquiera una sola persona recta, ni un gesto de integridad que le permita tener alguna esperanza; había desaparecido el bondadoso de la tierra. El mal principal era que se habían corrompido los líderes y guías de la nación; cuando los espacios de poder se corrompen, realmente hay pocas chances de detener el atropello. La gente común no tiene forma de librarse del yugo. Cuando el gobernante y el juez aceptan sobornos a cambio de favores, los más ricos tienen vía libre para satisfacer su egoísmo y los pobres se quedan indefensos. Es un complot entre poderosos, donde el gobierno y la justicia actúan en favor de un puñado de personas.

Pero esa corrupción en los niveles más altos no es la única que Miqueas señala, sino que la maldad se había esparcido por los espacios más cotidianos y comunes de la sociedad. Entre vecinos y familiares existía un clima de desconfianza y traición latente. Era tanta la maldad del pueblo, que incluso el afecto natural había desaparecido: “los enemigos del hombre son los de su propia casa” (v. 6).

“Hoy la iglesia debe fijar sus ojos en Cristo, quien está sentado en su trono, gobernando cada aspecto de este mundo”.

Esta descripción se ajusta muy bien a nuestro contexto contemporáneo y regional, donde la corrupción pública y los escándalos políticos son moneda corriente. Podríamos decir que existe una distribución equitativa

de la inmoralidad. Aunque nos quejamos de la corrupción de los gobiernos y las instituciones públicas, nuestros países ocupan, por ejemplo, los primeros puestos en [piratería](#) y falsificación de la propiedad intelectual. Nos quejamos de las intrigas y las traiciones políticas, pero en [nuestros países abundan](#) las uniones libres y la cohabitación que derivan en hogares inestables y abandono familiar.

El lamento de Miqueas es nuestro lamento; ha desaparecido el bondadoso de la tierra y no hay recto entre los hombres. “No hay justo, ni aun uno” exclamamos con dolor junto al salmista y el apóstol Pablo (Ro 3:10).

“Un lamento que entiende cuál es el verdadero problema, podrá confrontar con genuina compasión”.

Los ojos en el Señor

Un doloroso panorama como este ha tenido al menos dos respuestas entre los evangélicos. Por un lado, están los decepcionados que han elegido aislarse y enajenarse del mundo que los rodea, perdiendo total interés por la situación de sus países. Una resignación que es del tipo “son todos lo mismo” o “esto nunca va a cambiar”. Por otro lado, están los que se movilizaron persiguiendo la justicia social o incursionaron en política sin tener muy en claro los compromisos que debían realizar y los compañeros políticos que debían acompañar. La mayoría de estas experiencias han terminado en desilusión o provocando más heridas que soluciones.

“Pero yo pondré mis ojos en el Señor” (v. 7), declara Miqueas. Aunque sus ojos veían la maldad del pueblo, su mirada estaba fija en su Dios; no en las circunstancias para creer que todo estaba perdido o en su propia fortaleza para perseguir falsas esperanzas. Asimismo, hoy la iglesia debe fijar sus ojos en Cristo, quien está sentado en su trono, gobernando cada aspecto de este mundo. Cuando Miqueas lo hizo, su lamento se llenó de verdades. Hay al menos tres características de un lamento centrado en Dios que podemos aprender en este capítulo.

1) Entiende el problema del pecado

Después de que el profeta ubica al Señor en su trono y fija sus ojos en Dios es cuando reconoce “Porque he pecado contra Él” (v. 9). Bien podría estar hablando de sus propias faltas o personificando el clamor del pueblo de Dios, pero el punto es el mismo: el problema es el pecado. Los planes económicos, las doctrinas políticas o la reivindicaciones sociales podrán lograr algunos cambios externos, pero serán inútiles mientras el pecado siga reinando en los corazones de las personas.

La iglesia tiene el deber de recordarle al mundo que mientras siga en rebelión contra Dios no habrá solución para el profundo problema humano. Es necesario denunciar el pecado, pero no desde un pedestal de superioridad, sino desde una identificación con el problema universal del pecado, el dolor y la necesidad del pueblo, de tal forma que seamos movidos a compasión. Esta actitud de identificación y humildad nos permite reconocer que nosotros también tenemos nuestra parte en el problema y no podemos fallar en anunciar el mensaje que puede transformar los corazones. Un lamento que entiende cuál es el verdadero problema, podrá confrontar con genuina compasión.

2) Reconoce la justicia de Dios

Miqueas tenía claro que había una justa razón para todo este sufrimiento y aún las pruebas que vendrían. El pueblo no era inocente. Había abandonado a su Dios, quien entonces los entregó a las consecuencias de su injusticia e idolatría. Bien lo expresa la conocida frase de Calvino: “Cuando Dios quiere juzgar a una nación, les da gobernantes malvados”.

“El lamento que reconoce el gobierno justo de Dios evitará la amargura y el resentimiento”.

Esto no exime a los poderosos que oprimen su propio pueblo; todos darán cuenta a aquel que está preparado para juzgar a los vivos y los muertos (Ro 14:12). Pero reconocer la justicia de Dios es reconocer que Él está por encima de todo cuanto sucede en este mundo, como juez soberano. El lamento que reconoce el gobierno justo de Dios evitará la amargura y el resentimiento.

3) Confía en la misericordia de Dios

“El lamento por nuestros países centrado en Dios entiende que el problema es el pecado y, por lo tanto, entiende que Jesús es la única respuesta”.

Lo que más sobresale en este lamento es la esperanza, no porque Miqueas sea ingenuo, sino porque conoce quién es Dios. Resuena en sus palabras (v. 18) aquellas provenientes del antiguo pacto: “Dios compasivo y clemente, lento

para la ira y abundante en misericordia” (Ex 34:6). Dios será fiel a sí mismo y esa es la confianza del profeta.

Nuestra esperanza no es distinta, pues la cruz fue la expresión máxima de la fidelidad de Dios a sus promesas. Allí donde la justicia y la misericordia se encontraron, nuestros pecados fueron perdonados. ¿Qué dios hay como nuestro Dios? Cuando la iglesia confía en la misericordia divina, su lamento rebosa de esperanza.

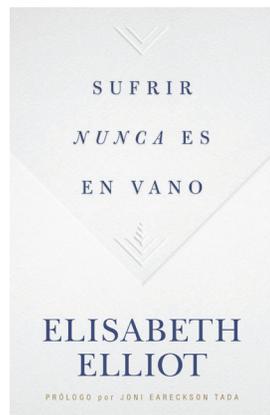
El lamento por nuestros países centrado en Dios entiende que el problema es el pecado y, por lo tanto, entiende que Jesús es la única respuesta. Solo el evangelio tiene el poder de transformar nuestros países. Por lo tanto, clamemos a Dios por misericordia y cumplamos nuestra misión con abundante esperanza.



Sufrir nunca es en vano

RESEÑADO POR VALIA LIMA

En alguna parte del mundo, una madre en agonía clama a Dios mientras sostiene el cuerpo sin vida de su pequeño niño; un padre contiene las lágrimas en oración ante la realidad de que su hijo no volverá a caminar; una mujer reposa en el Señor con un corazón destrozado al enterarse de la infidelidad de su esposo. Cada una de estas circunstancias nos evocan emociones que probablemente te son familiares, emociones que nos recuerdan lo que es *sufrir*.



El sufrimiento en la humanidad es extenso y las situaciones que lo infligen son innumerables. La idea de un Dios de bondad inmensurable parece cuestionable ante tanta aflicción. Todos sufrimos y pocas cosas en la vida estremecen más el alma como la idea de sufrir. Pero entonces, ¿cómo deberíamos entender el sufrimiento ante el amor de Dios?

Sufrir nunca es en vano, es una adaptación escrita de las que fueron originalmente seis sesiones grabadas en audio sobre la realidad del sufrimiento. Con fundamento bíblico y una vida experimentada en la aflicción, la misionera Elisabeth Elliot define el sufrimiento a la luz del evangelio y lo contextualiza en la vida de un seguidor de Cristo. Con solo seis capítulos, es un pequeño libro que contiene grandes reflexiones y despliega un amplio panorama de la obra de Dios y nuestro papel en medio de la aflicción.

En los primeros capítulos del libro, *La terrible verdad y El mensaje*, verás cómo la autora relata con sinceridad los cuestionamientos que surgen ante la crudeza del sufrimiento. Con palabras amenas y personales, ella nos lleva a un razonamiento honesto sobre la aflicción y lo indispensable que será para entender a plenitud conceptos inquebrantables sobre Dios.

Elliot nos recuerda que según la Palabra de Dios hay verdades que únicamente podremos entender a partir del dolor, afirmándonos con sinceridad: “Las cosas más profundas que he aprendido en mi propia vida provienen del sufrimiento más profundo; de las aguas más hondas y de los fuegos más violentos, han surgido las cosas más insondables que conozco sobre Dios” (loc. 309). La autora identifica el sufrimiento como un instrumento para captar nuestra atención, centrando nuestra reflexión en Dios y su evangelio, ya que “solo en la cruz podemos comenzar a armonizar esta aparente contradicción entre sufrimiento y amor. Nunca entenderemos el sufrimiento a menos que entendamos el amor de Dios” (loc. 351).

En los capítulos *Aceptación, Gratitud y Ofrenda*, descubrirás la relevancia de sufrir en la cercanía de la cruz y cómo deberíamos acercarnos ante lo ineludible. La línea de pensamiento te llevará a reflexionar en la respuesta que distingue al cristiano en los momentos más difíciles. Con hermosas palabras, se nos alienta a pasar por las etapas de sufrimiento recordando que nuestra confianza debe estar en Dios, su gracia y sus promesas que son efectivas en Cristo. Y es que, en esos momentos de sufrimiento, “los cristianos deben ser personas que estén preparadas para mirar fijamente los hechos, los hechos horribles, y luego mirar al otro nivel en el que esos hechos deben interpretarse y no titubear ante la promesa de Dios” (loc. 824).

En el último capítulo, *Transfiguración*, leerás acerca de lo que Dios hace con nuestra perspectiva, cuando esta es distorsionada, y explica cómo todo obra para su gloria. La autora termina con una profunda reflexión sobre cómo Cristo transforma el sufrimiento y nuestra perspectiva en tiempos sombríos. Ella regresa a lo fundamental: la obra de Cristo en la cruz, señalando el principio de la muerte que abre paso a la vida. Nos recuerda que “el mejor fruto brota [incluso] de la poda más drástica” (loc. 1,370).

[*Sufrir nunca es en vano*](#) te llevará a meditar en lo que significa sufrir desde la perspectiva divina y sus principios resonarán en tu

mente, dejando una fuerte y profunda impresión a largo de tu día. Te animará a aferrarte con más fervor a nuestro Señor Jesucristo y producirá un anhelo mayor de tener plena confianza en Dios y Su obra en todo tiempo. Sus palabras te llevarán a contemplar la aflicción de la cruz y serás motivado a aferrarte a lo inmutable, a aceptar el inexorable amor de Dios que prevalece incluso en el sufrimiento y tener gratitud por Su control soberano aun en medio del caos.

Mientras leía este libro, recordaba las palabras del salmista: “Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Sal 76:23, NTV). [*Sufrir nunca es en vano*](#) es un libro que recomiendo leer, principalmente porque te acercará a comprender la aflicción desde la perspectiva de la cruz.

TABLA DE CONTENIDO



RESEÑAS

¿Estás buscando un nuevo libro para leer?

Encuentra más de **250 ideas** con nuestras Reseñas Coalición

Créditos

Supervisión del proyecto

Fabio Rossi.

Director Ejecutivo de TGC: Coalición.

Equipo editorial

José “Pepe” Mendoza.

Director Editorial.

Josué Barrios.

Coordinador Editorial.

Rosy Baez.

Editora de traducciones.

Nimrod López.

Editor de reseñas y asistente editorial.

Ana Ávila.

Asistente editorial.

Diseño de la revista

Carolina Holguín.

Coordinadora de medios de TGC: Coalición.

Jacob Mejicanos.

Diseñador en TGC: Coalición.

Hugo Pineda.

Ilustración página 64.

Autores

(en orden de aparición)

Justin Burkholder.

Pastor en la Iglesia Reforma (Guatemala) y miembro del concilio de TGC: Coalición.

Samuel Masters.

Pastor en la Iglesia Bíblica Bautista Crecer (Córdoba, Argentina) y miembro del concilio de TGC: Coalición.

John Starke.

Pastor en la iglesia All Souls Church, en Manhattan (New York, Estados Unidos).

Jairo Namún.

Director de Coaliciones Internacionales en The Gospel Coalition

Mark Vroegop.

Pastor en la iglesia College Park Church (Indianápolis, Estados Unidos) y miembro del concilio de The Gospel Coalition.

Wendy Bello.

Autora y conferencista (Miami, Estados Unidos).

Christina Fox.

Autora y conferencista (Miami, Estados Unidos).

Matías Peletay.

Sirve en la Iglesia Bíblica Bautista Crece (Córdoba, Argentina).

Valia Lima.

Colaboradora en TGC: Coalición.

Conoce más sobre el Equipo Coalición y nuestros colaboradores en nuestro sitio web.

Imágenes

Portada/Contraportada: Wikimedia Commons

Artículo páginas 7-10: Wikimedia Commons

Artículo página 14: design-beast en LightStock

Artículo página 25: Sky Light Pictures en LightStock

Artículo página 32: Pearl en LightStock

Artículo página 34: Carolina Sánchez

Artículo página 48: Pixel Creative en LightStock

Artículo página 61: Liviu Pazargic en LightStock

Escrituras tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com



COALICIONPORELEVANGELIO.ORG

